



¡Proletarios de todos los países, uníos!

INTERNACIONAL COMUNISTA

REVISTA MENSUAL
ORGANO DEL P.C.E. DE LA
INTERNACIONAL COMUNISTA

EN ESTE NUMERO:

**LA FUERZA VICTORIOSA
DEL LENINISMO**

**LA DERROTA DE FRANCIA
Y EL**

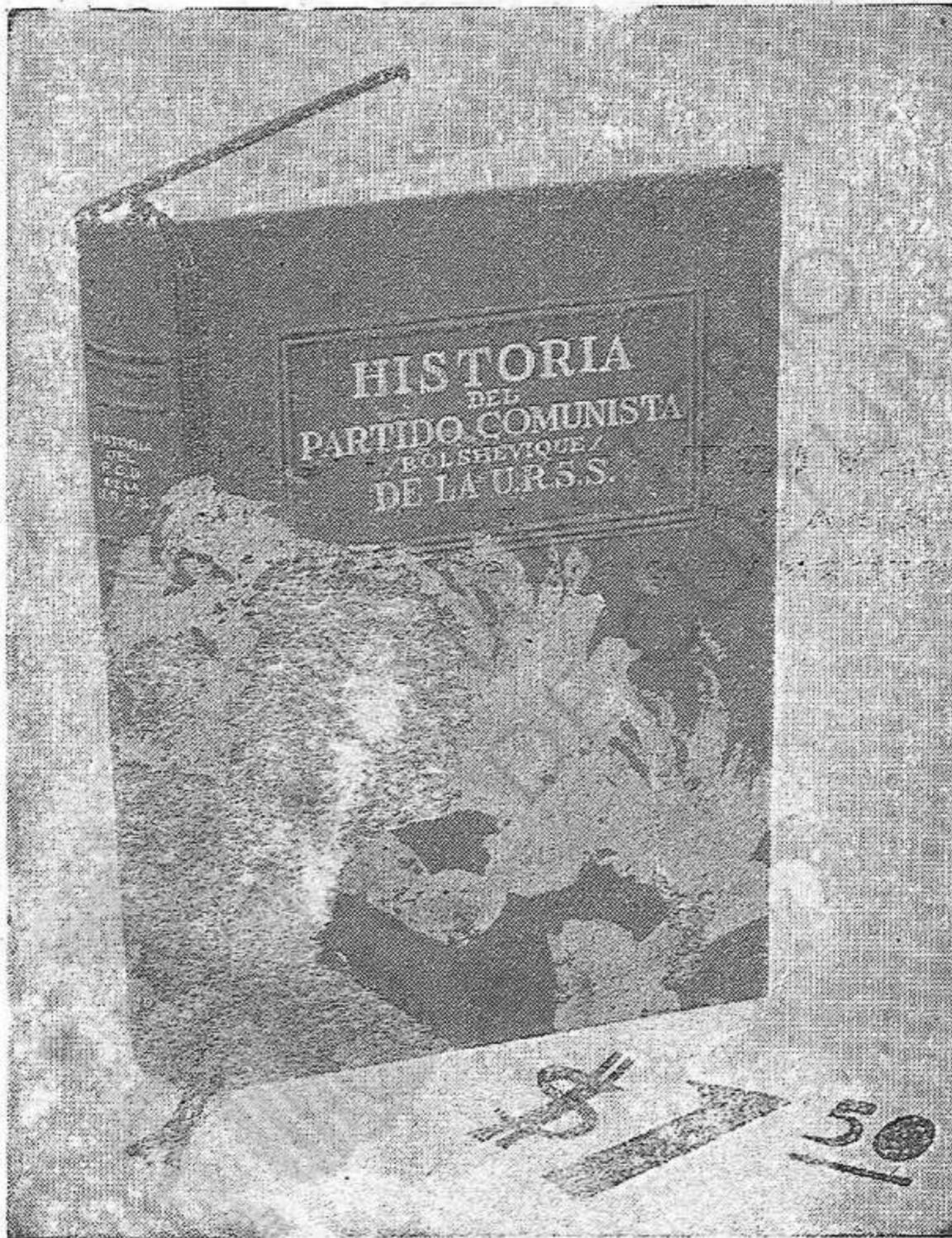
IMPERIALISMO FRANCES

GASTON RICHARD



¡Proletarios de todos los países, uníos!

EL LIBRO MAS IMPORTANTE DE LOS ULTIMOS TIEMPOS



UNA OBRA TEORICAMENTE FUNDAMENTAL

Pedidos a:

FONDO DE CULTURA POPULAR

Ediciones Sociales

Editorial Popular

Ediciones Morelos

APARTADO 2352

MEXICO, D. F.

¡PROLETARIOS DE TODOS LOS PAISES, UNIOS!

LA INTERNACIONAL COMUNISTA

Organo del Comité Ejecutivo de la
Internacional Comunista

Aparece en español, ruso, alemán, inglés, francés y chino

EDITOR: Profesor Ramón Berzunza Pinto

AÑO IX

FEBRERO, 1941

No. 2

SUMARIO

	<i>Página</i>
La Fuerza Victoriosa del Leninismo	3
CUESTIONES TEORICAS Y PRACTICAS DEL MOVIMIENTO OBRERO	
M. ERCOLI: Federico Engels, Dirigente del Movimiento Obrero Internacional.	19
K. FUNK: Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, Internacionalistas de Acción.	33
GASTON RICHARD: La Derrota de Francia y el Imperialismo Francés....	44
F. SCHILLING: La Guerra Italo-Griega	61

N. VOSNESENSKI

**BALANCE ECONOMICO DEL AÑO DE 1940 Y PLAN
DEL DESARROLLO DE LA ECONOMIA NACIONAL
DE LA U. R. S. S. EN EL AÑO 1941**

**Informe ante la XVIII Conferencia del P. C. (b) de la
U.R.S.S. el 18 de febrero de 1941**

Un trabajo en el cual cifras irrefutables evidencian la labor cumplida durante el año económico de 1940 y las perspectivas de trabajo para 1941.

La emulación socialista entre la clase obrera, entre los koljosianos y entre los intelectuales, asegurando el cumplimiento y la superación del plan de desarrollo de la economía nacional de la U. R. S. S. para 1941.

Valor del Ejemplar: \$ 0.15

Pedidos a:

FONDO DE CULTURA POPULAR, S. C.

Ediciones Sociales

Editorial Popular

Ediciones Morelos

APARTADO 2352

MEXICO, D. F.

EDITORIAL

La Fuerza Victoriosa del Leninismo

Un año más ha pasado desde el día de la muerte de Lenin, el gran jefe de los trabajadores y los oprimidos de todo el mundo. Al nombre de Lenin está unida una nueva era en la vida de la humanidad. Por primera vez en la historia, los explotados liquidaron el poder de los explotadores; por primera vez, la clase obrera, en alianza con los campesinos más pobres, derrocó el dominio de los capitalistas, instauró la dictadura del proletariado, creó un Estado socialista, soviético, nuevo, sin precedentes en el mundo.

Lenin lanzó un llamamiento a todo el mundo de los oprimidos, de los explotados y se puso a la cabeza de la grandiosa batalla de la clase obrera por el socialismo. Se liquidó el orden existente durante siglos, según el cual los unos explotan a los otros, los señores oprimían a los esclavos, los poderosos disponían del destino de los desposeídos. Este triunfo sobre el poder de los explotadores en un solo país, realizado bajo la dirección de Lenin, infundió esperanzas a los trabajadores y a los oprimidos de todo el globo terrestre.

“La grandeza de Lenin consiste, —dijo el camarada Stalin el 26 de enero de 1924 en el II Congreso Panruso de los Soviets—, ante todo, en haber mostrado concretamente a las masas oprimidas del mundo entero, al crear la República de los Soviets, que la esperanza en la salvación no está perdida, que la dominación de los terratenientes y de los capitalistas no es eterna, que el reino del trabajo PUEDE ser creado por los esfuerzos de los mismos trabajadores y que es preciso instituirlo EN LA TIERRA y no en el cielo. Con esto, encendió el ánimo de los trabajadores y los campesinos del mundo entero con la esperanza de la liberación. Es lo que explica que el nombre de Lenin se haya convertido en el nombre más querido de las masas trabajadoras y explotadas” ()*

El nombre de Lenin es el símbolo del triunfo del trabajo sobre el capital, el símbolo de la salvación de los obreros y los campesinos de la explotación, el símbolo de la salvación de los pueblos de las guerras imperialistas. Con un sentimiento donde la profunda tristeza se mezcla al orgullo por la fuerza siempre victoriosa del leninismo, la clase obrera conmemora cada año el aniversario de la muerte de Lenin. Cada nueva etapa del desarrollo social, cada gran acontecimiento en la historia de la humanidad, aportan la confirmación, sin cesar creciente, de la verdad del leninismo.

(*) Stalin: *Sobre Lenin*, pág. 27. Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1939.

El grandioso triunfo del leninismo es la construcción de la sociedad socialista en la URSS. El país que vió nacer al genio de Lenin, ha logrado éxitos gigantescos. Estos éxitos se multiplican cada año y ponen de manifiesto la fuerza, siempre victoriosa, de la clase obrera, la fuerza de su teoría marxista-leninista, la fuerza invencible de la dirección stalinista.

Durante los años transcurridos desde la muerte de Lenin, el País de los Soviets avanzó muy lejos. En él han sido realizadas con éxito las grandiosas ideas de Lenin. Los legados de Lenin han sido cumplidos bajo la dirección de su colaborador inmediato, del continuador de su obra, el camarada Stalin.

La Rusia de la NEP se convirtió en la Rusia Soviética. Sobre la base de la política leninista-stalinista de industrialización, ha sido creada una potente industria soviética. La URSS, antiguo país agrario, se ha convertido en una potencia industrial de primer orden, en la que se fabrican todos los instrumentos y todos los medios modernos de producción. Basándose en la política leninista-stalinista de colectivización, muchos millones de campesinos del inmenso País Soviético emprendieron el camino del socialismo. Nació, se consolida y florece la nueva aldea coljosiana, que es una aldea como jamás ha visto el mundo; en ella no hay terratenientes y peones agrícolas, kulaks y campesinos sin tierra, en ella no hay desposeídos, no hay crisis, no hay hambre. Los coljoses penetraron sólidamente en la vida y en las costumbres de los campesinos. Año tras año, los campesinos recogen cosechas más abundantes. Con ayuda de la ciudad socialista, utilizan todas las conquistas de la ciencia y de la técnica para extraer de la tierra el máximo de sus frutos. Hace ya mucho tiempo que ha sido vencida la resistencia de los enemigos de clase, que ha sido liquidada la última clase capitalista: los "kulaks". Se desmoronaron las "teorías" burguesas y social-demócratas sobre la imposibilidad de reformar la pequeña economía campesina privada. Ha sido asestado un golpe fulminante a las "dudas" de innumerables escépticos e incrédulos, que negaban que fuese posible realizar los planes de Lenin en el sentido de la grandiosa transformación de la vieja aldea rusa en una aldea nueva, soviética, colectiva, socialista.

Florecen impetuosamente todas las ramas de la ciencia y la técnica, de la instrucción y el arte. La dictadura de la clase obrera demuestra a todo el mundo que solamente ella asegura, no de palabra, sino de hecho, el libre desarrollo de todas las ramas de la ciencia y de la creación humana. Lenin fué un grandioso corifeo de la ciencia de la transformación de la sociedad humana sobre principios socialistas; señaló con perseverancia que era indispensable desarrollar la ciencia para el obrero, dominarla y ponerla al servicio de los trabajadores. En este aspecto, gracias a los incansables cuidados del camarada Stalin, también han sido cumplidos brillantemente sus le-

gados. No hay otro país en el mundo donde sea posible observar en los últimos años un ascenso en la productividad, como en la Unión Soviética. Los pueblos del País de los Soviets están soldados en una fuerte unidad moral y política en torno al Partido de Lenin y Stalin.

En el transcurso de los últimos dos años, nuevos millones de hombres, liberados del yugo capitalista, se han unido a los pueblos del País de los Soviets. Los trabajadores de las regiones de Ucrania y Bielorusia Occidentales, de Besarabia y Bukovina Septentrional, de Letonia, Lituania, Estonia, que ayer aún gemían bajo el yugo de la explotación y muchos de ellos también bajo el yugo de la opresión nacional, han sido trasplantados a la vida libre y feliz del pueblo soviético. Ante ellos se ha abierto todo un nuevo mundo que hasta hace muy poco era únicamente la ilusión y el objetivo de su lucha tenaz. Millones de estos hombres se han convencido, por sus propios ojos, del significado que el triunfo del leninismo tiene para todo el pueblo trabajador. Cuando los representantes de los pueblos liberados llegaron a Moscú, su primer deseo fué rendir homenaje al gran Lenin. Fueron al mausoleo de Lenin, y allí, en nombre de sus pueblos, patentizaron el sentimiento de su respeto ilimitado y de su admiración ante el grandioso genio de Lenin. Seguidamente expresaron al amigo y colaborador de Lenin, al camarada Stalin, el sentimiento de amor y gratitud de todo el pueblo, por su liberación de la esclavitud y del yugo multiseccular. Porque ellos han recibido la liberación bajo la bandera de Lenin y Stalin.

Los nombres de Lenin y Stalin están unidos indisolublemente en la conciencia de las masas trabajadoras de todo el mundo.

“En todos los éxitos del socialismo, en todas nuestras victorias vemos la fuerza siempre triunfal del leninismo. ¡Hemos vencido por ser fieles al leninismo! Esto es lo que enseñaba y nos enseña el camarada Stalin. . . . Y hemos podido cumplir estos legados de Lenin porque toda nuestra obra, todo nuestro trabajo lo ha dirigido el digno continuador de la obra de Lenin, al que pertenece el mérito del desarrollo de las ideas leninistas sobre la revolución socialista: nuestro Stalin” ().*

El primer país del mundo donde ha triunfado la clase obrera ha marchado hacia adelante bajo la dirección de Stalin durante los diecisiete años transcurridos desde la muerte de Lenin. Stalin recibió de las manos de Lenin el estandarte de lucha por el socialismo y aseguró la realización del socialismo en la práctica. Stalin siguió desarrollando la doctrina de Lenin. Armó al pueblo soviético con la teoría de Lenin sobre la posibilidad de la construcción del socialismo en un solo país. Elaboró y continúa elaborando el camino

(*) V. Molotov, “Con motivo del vigésimo aniversario de la Revolución de Octubre”. Informe en la reunión solemne en el Gran Teatro, el 6 de noviembre de 1937, páginas 21-22.

teórico del tránsito del capitalismo al comunismo y conduce el País de los Soviets hacia esta cima esplendorosa. El camarada Stalin impulsa y enriquece constantemente toda la ciencia multilateral del marxismo-leninismo, que sirve de directiva para la lucha del proletariado internacional. Destruyó todos los intentos de tergiversación de la doctrina leninista y defendió el leninismo contra la trailla de los numerosos enemigos. Los trostkistas, los bujarinistas y demás inmundicia, fueron arrojados del camino de la realización triunfante de las ideas de Lenin.

Cada año que transcurre desde el día de la muerte de Lenin convence con nueva fuerza a millones de hombres de la grandiosa verdad del leninismo. El supremo criterio de cualquier verdad es la práctica. Y esta práctica, el desarrollo real de la sociedad humana, la experiencia de millones de hombres, hablan de la enorme importancia, del papel grandioso que la doctrina de Lenin ha desempeñado para todo el mundo trabajador, para la lucha de la clase obrera por su liberación del régimen que origina las guerras imperialistas, las crisis económicas, la explotación desenfrenada, la miseria, el paro, el hambre.

Para los trabajadores del País Soviético, esta experiencia dice que, a la luz del leninismo y bajo la dirección de Lenin y Stalin, han logrado su salvación del poder de los terratenientes y de los capitalistas, han construido el socialismo, han salvaguardado al país contra los horrores de la segunda guerra imperialista, han asegurado una vida de paz y de libertad a los pueblos soviéticos, han realizado la esperanza que durante muchos siglos tuvieron los mejores hombres de la humanidad sobre la creación de un régimen social no fundado en la explotación del hombre por el hombre. Para los trabajadores del mundo capitalista, la experiencia del desarrollo histórico dice que allí donde la clase obrera domina las ideas del leninismo, allí donde desenvuelve la lucha contra la burguesía y sus agentes en las filas del movimiento obrero sobre la base de esas ideas, allí se convierte en el dueño de su propio destino, allí toma en sus propias manos la dirección de toda la sociedad, allí puede encauzar el desarrollo en interés de las masas laboriosas y no en interés de un grupo de explotadores.

El triunfo del socialismo en la Unión Soviética multiplica la fuerza del leninismo. Convence a los hombres de la justeza de estas ideas y de su enorme papel en la lucha por la reconstrucción socialista de la sociedad con el arma más fuerte: con la experiencia de su propia vida. Cuando nació la doctrina marxista-leninista, era una teoría que llamaba a la lucha, que explicaba las leyes del desarrollo de la sociedad, que enunciaba un programa de acción para su transformación revolucionaria. Ahora, la doctrina marxista-leninista ha sido ya comprobada en la práctica, forma parte de la vida, supone

en manos de sus partidarios un arma grandiosa para luchar contra todos los enemigos.

*

* *

El leninismo ha crecido, se ha desarrollado, se ha fortalecido y ha sostenido sus victorias históricas en la lucha contra el reformismo, contra la teoría y la práctica de la colaboración de clase del proletariado con la burguesía. La II Internacional ha sido la personificación de esta teoría y esta práctica. Ella tergiversó el marxismo, lo revisó, lo vulgarizó, se negó a ponerlo en práctica. Lenin defendió el marxismo, defendió su doctrina sobre la lucha de clases y sobre la dictadura del proletariado, lo depuró del abominable oportunismo social-demócrata, continuó desarrollando la doctrina de Marx y Engels y armó con ella a la clase obrera. Las decenas de años de la vida y la labor de Lenin, son decenas de años de lucha contra el oportunismo de la II Internacional.

A su vez los propagadores de la ideología y de la práctica oportunista lucharon durante decenas de años contra el leninismo. Después de haber triunfado en Rusia la Gran Revolución Socialista de Octubre, después de haber comenzado la construcción del Socialismo, los oportunistas de la II Internacional emprendieron una campaña especialmente desenfrenada, ruin y calumniosa contra la teoría y la práctica del leninismo. La burguesía les confió el papel vergonzoso, condenado para siempre por la historia, de "refutar" la doctrina leninista. Los Otto Bauer y los Federico Adler, los Blum y los Faure, los Vandervelde y los Huysmanss, los De Brouckere y los Touhaue, los Gompers y los Green, los MacDonald y los Citrine y otros muchos hombres del pantano social-demócrata, actuaron en las primeras filas de los enemigos del leninismo, pusieron en práctica los métodos más sutiles, jesuíticos y pérfidos para engañar con mayor facilidad a las masas. El engaño más grande de los escritorzueros social-demócratas consistió en que durante cierto tiempo se hicieron pasar por amigos de la clase obrera, por partidarios del socialismo. El centro de sus ataques fueron las teorías marxistas-leninistas sobre la dictadura de la clase obrera y su realización triunfal en el País de los Soviets. En lugar de la revolución socialista, los "ideólogos" de la II Internacional plantearon "el paso pacífico al socialismo"; en lugar de la dictadura del proletariado, propusieron un gobierno de coalición. Estas suplantaciones fueron el alfa y la omega del social-democratismo.

¿Cuál es el destino actual de todas las "refutaciones" social-demócratas, cuál ha sido el fin de los mismos "refutadores"? Todos ellos han ido a parar al cubo de la basura de la historia. La misma vida derribó los dogmas y las tesis del social-democratismo, refutó

la "teoría" y la política de la II Internacional, evidenció su completa bancarrota. Se derrumbaron ruidosamente todas las ideas de los socialdemócratas contra la doctrina leninista y contra la Unión Soviética, que es el país que encarna esa doctrina en la vida.

Los hombres de la II Internacional aseguraron que no tiene ningún sentido la revolución socialista en un país como Rusia; pero la revolución fué realizada y continúa su desarrollo triunfal bajo la bandera del leninismo. Los hombres de la II Internacional afirmaron que no puede ser construído el socialismo en un solo país; pero la sociedad socialista ha sido creada en la URSS y continúa fortaleciéndose, desarrollándose y avanzando hacia el comunismo.

Los hombres de la II Internacional honraron a la democracia burguesa, la pusieron por las nubes, la hicieron pasar por la forma de régimen social y político que llevará al socialismo, la enfrentaron a la dictadura del proletariado. Pero la democracia burguesa ha llevado en muchos países al dominio de la reacción imperialista y cada día pierde terreno en el resto de los países. Por el contrario, la dictadura de la clase obrera, promovida por el genio de Marx y llevada a la práctica por Lenin y Stalin, ha asegurado el paso del capitalismo al socialismo, ha llevado al florecimiento de la democracia socialista de todo el pueblo.

Los hombres de la II Internacional descompusieron el movimiento obrero con el abominable engaño de la posibilidad del paso pacífico del capitalismo al socialismo. Pero el socialismo no existe en ningún país del mundo, excepto en el País de los Soviets: fuera de las fronteras soviéticas domina la clase de los explotadores, y la práctica demuestra irrefutablemente que las victorias de la sociedad socialista son posibles solamente sobre la base de la lucha consecuente de clases contra el capitalismo, sobre la base del derrocamiento del poder de la burguesía y la instauración de la dictadura del proletariado.

Los hombres de la II Internacional, que nunca han tenido en cuenta a los aliados del proletariado, trataron de demostrar incessantemente que la alianza de la clase obrera con los campesinos es irrealizable, que, después del triunfo de la revolución proletaria, el proletariado chocaría con los campesinos. Pero, bajo la dirección de la clase obrera, los campesinos soviéticos marcharon por el camino del socialismo, triunfó el régimen coljosiano que aportó a los trabajadores de la tierra una vida holgada y culta y que ha demostrado a las masas campesinas de todo el mundo que, después de la victoria del proletariado, los campesinos pueden tener asegurado un camino de desarrollo no capitalista.

Los hombres de la II Internacional aseguraron también a los pueblos que la guerra imperialista mundial de 1914-1918 era la última guerra. Proclamaron la era del pacifismo y glorificaron a la

Sociedad de Naciones como un instrumento de paz eterna, prometiendo "conquistar el socialismo en el seno de la Sociedad de las Naciones". Acusaron a los comunistas de atemorizar al mundo con el fantasma de la guerra, mientras que los comunistas, en el transcurso de muchos años, advirtieron a las masas de la amenaza de una nueva guerra imperialista y las llamaron a luchar contra ella. Cuando los comunistas, partiendo de la doctrina leninista, crearon el Frente Popular para luchar contra la reacción y la guerra, los líderes social-demócratas sabotearon por todos los medios este trabajo que tendía a la unificación de las masas para ofrecer una resistencia organizada a los incendiarios de la guerra. Los social-demócratas adormecieron la vigilancia de los trabajadores con falsas leyendas sobre el amor a la paz de los imperialistas, sobre las ventajas de las concesiones al agresor, sobre la posibilidad de evitar los choques entre los imperialistas si se lleva a cabo una política de saciar a los lobos para que no falte ninguna oveja. Pero estalló la segunda guerra imperialista y evidenció todo el abismo de la falsedad y de la traición social-demócrata.

La clase obrera y los trabajadores del mundo capitalista pagan actualmente las consecuencias de esta política de la II Internacional. Ahora, en las condiciones del infierno guerrero adonde los imperialistas han arrojado a sus pueblos, es probablemente cuando salta a la vista, con más relieve que nunca, el precio sangriento que están pagando las masas populares por la política social-demócrata de apoyo y de conservación del régimen capitalista. Cuanto más avanza el desarrollo de la sociedad, tanto más se convencen las masas de los resultados diametralmente opuestos que el socialismo y el social-democratismo aportan a todo el mundo de los explotados y los oprimidos. El leninismo simboliza la salvación de los horrores de la explotación y de la esclavitud mercenaria, de los horrores de las guerras imperialistas y de la opresión nacional. El leninismo simboliza el triunfo de la clase obrera, la creación de una sociedad socialista sin clases donde está asegurado el derecho al trabajo, a la instrucción, al descanso. El leninismo simboliza la felicidad para los hombres

Contrariamente, el social-democratismo simboliza la conservación del régimen capitalista, la política de subordinación de la clase obrera y de los trabajadores, al dominio absoluto de la burguesía que le facilita la posibilidad de lanzar a los pueblos a la guerra imperialista. El social democratismo simboliza el infortunio para millones de hombres laboriosos, desdichados, una vida oscura, una vida de presidio para los trabajadores. Cuanto más tiempo pasa, más diligentemente, más abiertamente el social-democratismo sirve al régimen imperialista dominante.

*

* *

Los políticos social-demócratas continúan rodando cada vez más hacia el abismo de la traición a la clase obrera. Cada vez más abiertamente, cada vez con mayor descaro intervienen contra el movimiento obrero, cada vez con mayor cinismo emplean la palabra "socialismo", para luchar contra el socialismo; utilizan el viejo y desgastado cartelón de los partidos "obreros", "socialistas", para luchar contra los obreros y los trabajadores de sus países.

La prédica del "socialismo al margen de las clases" constituye la última palabra del social-democratismo que se ha difundido rápidamente entre las filas de los partidos de la II Internacional en las condiciones de la segunda guerra imperialista. De Man, líder del Partido Obrero de Bélgica, los "socialistas" franceses que se agrupan en torno al periódico "*L'Effort*", los círculos dirigentes de la social-democracia de Dinamarca y toda una serie de otros hombres de acción de la II Internacional, trabajan celosamente en la propaganda de las diferentes variantes del "socialismo al margen de las clases". Con voz tronante proclaman que se deben revisar todos los conceptos de clase, de la solidaridad de clases, de la lucha de clases, que ya hay que renunciar a ellos y sustituirlos por un concepto de "comunidad de intereses entre el trabajo y el capital". En lugar del "socialismo de los intereses de clases", "el socialismo de los intereses generales" ocupará hoy el primer plano, afirman los discípulos de Kautsky y demás pilares del social-democratismo.

Según sus "teorías", la clase obrera no tiene sus propios intereses, sus necesidades y tareas de clase. Proponen que se ponga fin a la palabrería sobre la división en clases y sobre la lucha de clases del proletariado con la burguesía. La solidaridad proletaria internacional de clase debe ser sustituida por el "socialismo nacional". En una palabra: los "socialistas al margen de las clases" reniegan de todo lo que fortalece a la clase obrera, de todo lo que constituye la base de su lucha por sus intereses, por los intereses de los trabajadores y por los intereses de todo el desarrollo social. La prédica de la conciliación de los intereses del proletariado con los intereses de la burguesía, iniciada por el patriarca del oportunismo, Bernstein, y desenmascarada a su tiempo por Lenin, ha alcanzado su apogeo. Esta prédica representa una negación completa, abierta y cínica de todos los principios del marxismo, de la defensa de los intereses de la clase obrera, y, de hecho, supone la traición más abominable a los intereses del proletariado. Está orientada a la privación de lo más precioso, de lo más importante para la defensa de sus intereses: la unidad de clase, la organización, la fé en sus propias fuerzas, la teoría científica del socialismo.

Los representantes avanzados de la clase obrera en su lucha contra la "última edición" del social-democratismo, se apoyan en la doctrina leninista. En 1913, Lenin, explicando que todo el desarrollo

de la sociedad humana confirma la justeza de la teoría marxista, demostró de modo convincente que no hay ni puede haber ninguna otra teoría de lucha liberadora del proletariado que el marxismo, que cualquier intento de componer toda clase de teorías de la "política al margen de las clases", del "socialismo al margen de las clases" será coronado por el fracaso.

Todas las doctrinas sobre el socialismo al margen de las clases y sobre la política al margen de las clases, resultan un simple absurdo, escribió Lenin. Al que después de las experiencias de Europa y del Asia hable sobre la política al margen de las clases y sobre el socialismo al margen de las clases, simplemente se le debe encerrar en una jaula y exponerlo junto a cualquier canguro australiano" ().*

Estas son las palabras de Lenin, el gran maestro de la lucha de clases del proletariado. Es indispensable asimilar por entero las enseñanzas de Lenin, particularmente cuando los "socialistas" emprenden una campaña contra el marxismo y se mueven para inventar y difundir la mentira del "socialismo al margen de las clases", tan del gusto de la reacción imperialista.

Los representantes avanzados del proletariado hallarán en las obras de Lenin una fuente inagotable de fuerzas, hallarán la gran verdad de la vida, hallarán argumentos para la lucha contra todo aquel que engañe a las masas con la prédica venenosa de la unificación de los intereses del trabajo con el capital, de renuncia a la lucha por los intereses del proletariado, por el cumplimiento de su misión histórica como sepulturero del capitalismo. En sus obras, principalmente en las obras del período de la primera guerra imperialista mundial, Lenin demostró de manera brillante que las clases dominantes, en las condiciones de la guerra y en los períodos de dura prueba, con objeto de engañar a las masas están dispuestas a hacer toda clase de promesas, toda clase de mentiras sin fin, embellecidas por los ideales más caros para las masas: socialismo, patria, nación. Todos los acontecimientos posteriores han confirmado enteramente estas enseñanzas de Lenin. La demagogia social y nacional florece como nunca en los días de la segunda guerra imperialista. Y toda la ralea de los De Man y demás agentes de la burguesía, se ocupa solamente de realizar la obra que le es necesaria para engañar a las masas populares.

El socialismo posee una enorme fuerza de atracción para toda la clase obrera y todos los trabajadores. En su propia experiencia, millones de hombres ven realizados los sueños seculares de la humanidad pobre y oprimida, de una vida mejor sobre la tierra, de un régimen socialista que pueda ser realizado como en la URSS.

(*) V. I. Lenin, *Obras completas*, t. XXVI, págs. 332-333.

Por su parte, todos los países capitalistas avanzados, aportan cada día nuevas y nuevas confirmaciones de la justeza de la teoría del socialismo científico. Entre las amplias masas penetra cada vez más la convicción de que el sistema capitalista se ha carcomido a sí mismo, que el capitalismo se halla en bancarrota. Esta bancarrota se expresa claramente en las duras conmociones políticas y económicas que estremecen hoy todo el mundo capitalista y llevan consigo sufrimientos inconmensurables para las masas. Las crisis económicas devastadoras, el paro y la miseria de los obreros de la ciudad, las crisis agrarias sistemáticas, la pauperización de la aldea y, por último, las monstruosas guerras imperialistas, constituyen la herencia del capitalismo en su estado actual de desarrollo.

Dos guerras imperialistas mundiales en el transcurso de veinticinco años, son la revelación más evidente de la quiebra del capitalismo. Todo esto engendra un crecimiento rápido de la simpatía de las masas hacia el socialismo. El número de los partidarios y combatientes por el socialismo, aumenta sin cesar. Cada vez penetra más profundamente en las masas el deseo de alcanzar el socialismo en sus propios países. Y la burguesía instala frente a este proceso diversas teorías socialistas falsas. Los últimos años se caracterizan, precisamente, por la aparición de diversas clases de "socialismos", elaborados por la social-democracia y otros lacayos de la burguesía. El falso socialismo tiene como objetivo distraer la atención de las masas del verdadero socialismo, alejarlas de la lucha por su realización; el falso socialismo está destinado a encubrir la inaudita demagogia social y "socialista" del régimen de explotación capitalista más duro; debe injertar en las masas la idea de que, para realizar el socialismo, no es indispensable el derrocamiento del poder de la burguesía y el paso de todos los medios de producción a manos del Estado proletario.

En las condiciones de la guerra, la prédica del falso socialismo sirve, ante todo, para encubrir ideológicamente el carácter imperialista de la guerra, para atizar el chovinismo y el odio entre los hombres. Pero los representantes de la vanguardia proletaria explican a los trabajadores de los países capitalistas, que no hay ni puede haber ningún otro socialismo que el socialismo científico de Marx-Engels-Lenin-Stalin, otro socialismo que el marxismo-leninismo. Esta teoría científica constituye la estrella que guía a la clase obrera de todos los países. Sólo sobre la base de esta teoría, la clase obrera y los trabajadores de los países capitalistas pueden defender sus intereses, pueden defender su vida, pueden hallar el camino de su salvación del capitalismo.

*

* *

El capitalismo, encerrado en un callejón sin salida por lo fatal de su desarrollo, ha arrastrado a la parte del mundo que se encuen-

tra bajo su poder a una segunda guerra imperialista mundial. Las clases dominantes de los países capitalistas emplean ahora todas sus fuerzas para obligar a las masas a luchar por una causa que les es ajena. Y en el mundo no existe hoy otra fuerza más que la clase obrera y su vanguardia comunista que pueda abrir los ojos a los pueblos y mostrarles, frente al engaño burgués, la verdad sobre la guerra.

Unicamente a la luz de la teoría marxista-leninista se pueden descifrar las contradicciones del capitalismo, los motivos de los choques y de las guerras imperialistas. Unicamente con ayuda de esta teoría se pueden precisar los motivos y el carácter de la guerra, determinar la posición de la clase obrera con relación a ella, encontrar una salida de la guerra que corresponda a los intereses de las masas trabajadoras.

En la primera guerra imperialista mundial, Lenin dió un ejemplo brillante de lucha contra la guerra.

La guerra que comenzó en 1914 fué la primera guerra mundial en la historia de la humanidad. Abarcó todos los mayores Estados del globo terrestre. Sobre todos los continentes cayó entonces la noche más negra. En el proceso de su degeneración, el capitalismo lanzó a millones de hombres unos contra otros y les armó hasta los dientes con todas las armas posibles de aniquilamiento. Todo fué subordinado a la guerra. Los elementos de destrucción y de muerte celebraron una orgía sangrienta. Una turbia ola de chovinismo guerrero, azuzado por la burguesía, estremeció a los países beligerantes. Llegó hasta el máximo la prédica de los ideólogos y lacayos de la burguesía en estímulo del odio entre los hombres y de su destrucción. Representantes oficiales de las organizaciones obreras traicionaron a su clase, sacrificaron el principio sagrado de la solidaridad fraternal de los obreros de todos los países para satisfacer a su burguesía. La II Internacional, presa del oportunismo, se descompuso; sus partidos ayudaron activamente a la burguesía de sus Estados, tanto a realizar la guerra imperialista como a engañar a las masas. El aparato del Estado burgués adquirió un poder enorme y subordinó a su regularización y a su influencia todas las facetas de la vida económica y social.

Parecería que el régimen que engendró esta guerra era entonces más fuerte que nunca. Pero Lenin supo ver, detrás de los acontecimientos corrientes, procesos muy profundos que conducían a una explosión de contradicciones que la guerra agudizaba hasta el extremo. Lenin determinó otras perspectivas, otros caminos para la humanidad, muy distintos de los caminos que querían las clases dominantes que comenzaron la guerra, los cuales imponían a las masas. Lenin enarboló el estandarte del internacionalismo proletario. A la gritería del chovinismo burgués y a la incitación de un pueblo con-

tra otro, opuso la unidad de los intereses del proletariado y de los trabajadores de todos los países. A la guerra en nombre de los intereses de un grupo de gobernantes imperialistas, opuso la única guerra justa de los esclavos contra los esclavizadores, de los explotados contra los explotadores.

Lenin elaboró todos los problemas radicales de la posición de la clase obrera frente a la guerra imperialista, comenzando por la explicación de los motivos más profundos que engendran la rivalidad y el choque de los Estados imperialistas en su obra inmortal "*El Imperialismo, Fase Superior del Capitalismo*" (*) y terminando por el esclarecimiento de las consignas bolcheviques en octavillas populares. Sobre la base de un profundo análisis científico de la sociedad capitalista en su estado de desarrollo imperialista, Lenin elaboró luego la teoría de la revolución socialista y concretó su doctrina histórica sobre la posibilidad del triunfo del socialismo en un solo país. Indicó a la humanidad el refugio al callejón sin salida en que había sido precipitada por el capitalismo. Lenin demostró que la guerra comenzada en nombre de los intereses de un grupo de explotadores, podía ser llevada hacia otro lado, podía ser terminada de otra manera, en interés de la clase obrera y de las masas populares. Lenin planteó, una tarea grandiosa por su audacia y genial por su profundidad y por su idea. En el camino de su realización, se alzaban dificultades enormes. Pero Lenin fué el jefe de la clase designada por la historia para transformar el mundo; en él se encarnaba la potencia, la fuerza, el valor y la organización de esa clase.

Para resolver la tarea señalada por Lenin, fué necesario un trabajo gigantesco. La actividad de Lenin en el período de la guerra mundial, por ser un modelo de lucha intensiva, multilateral y abnegada por los intereses de la clase obrera en las condiciones de la guerra, sirve de ejemplo para los representantes de la clase obrera de todos los países capitalistas.

Para luchar contra la guerra, se debe, ante todo, explicar a las masas su verdadero carácter. Lenin sentó los fundamentos para que la clase obrera pueda abordar con éxito la caracterización de cualquier guerra. Estos fundamentos hallaron su expresión más brillante en la famosa fórmula leninista sobre las guerras justas e injustas. Con ellas se dió la clave para determinar la actitud de la clase obrera, se dió un arma poderosa para desenmascarar la mentira burguesa sobre la guerra. Todo el enorme aparato estatal de los países beligerantes había sido puesto en marcha para engañar a las masas. Hasta entonces, nunca las clases dominantes pusieron tanto empeño ni se preocuparon de que el pueblo tuviese la misma concepción de la guerra que sus instigadores y difundidores. En fin de cuentas, el desti-

(*) Ediciones Sociales, México, D. F.

no de la guerra dependía de los millones de trabajadores vestidos con capotes de soldado, de su capacidad combativa, de su capacidad para sufrir privaciones y morir en la lucha "contra el enemigo". He aquí por qué los dueños de los países capitalistas concedieron tan enorme importancia a la formación de la opinión pública. Miles de periódicos y de escritorzuelos mercenarios, envenenaban cotidianamente la conciencia de las masas. Las monarquías coronadas, —los Romanov, los Hohenzollern, los Hapsburgos—, y los falderillos social-demócratas de "Vorwärts", "Arbeiter Zeitung", "Daily Herald" y demás órganos de los partidos de la II Internacional se unificaron en su afán por engañar a las masas. A toda esta máquina monstruosa del engaño imperialista, se opuso la palabra de Lenin. Su fuerza radicaba en que sólo él decía la verdad sobre la guerra.

Incansablemente, tenazmente, día tras día, mes tras mes, Lenin descubrió ante los pueblos la verdad sobre la guerra. La gran verdad leninista superaba todos los obstáculos, atravesaba de punta a punta todas las barreras militares y policíacas, se abría paso a lo largo del bosque tupido de la prensa burguesa y socialdemócrata. Cuanto más avanzaba la guerra, más y más se confirmaba la verdad de la actitud leninista. Lenin enseñó a aprovechar todas las posibilidades para la propaganda de sus puntos de vista entre las masas. Demostró en la realidad cómo se puede y se debe hacer esto. La prensa legal y las octavillas ilegales, las reuniones y los mítines abiertos, las pequeñas reuniones clandestinas de obreros y soldados, el enlace de los obreros con las unidades militares en la retaguardia o en las regiones ocupadas, la intervención de los representantes de la clase obrera en los parlamentos, la profunda actividad cotidiana en las organizaciones de base obrera y sociales, todo, en fin, debe ser utilizado para el trabajo de esclarecimiento, en todas partes donde haya soldados, obreros, intelectuales laboriosos, los representantes de la vanguardia proletaria deben realizar su labor de explicación.

Para oponerse eficazmente al poderoso sistema del aparato estatal y llevar a cabo con éxito el trabajo antiguerrero, es imprescindible la unificación de las fuerzas de la clase obrera. Lenin enseñó que, durante la guerra, es más necesaria que nunca la organización de las filas proletarias. La burguesía puede llevar a cabo la guerra y obligar a los hombres a que sacrifiquen su vida en nombre de fines imperialistas, solamente cuando la clase obrera no comprende con claridad el verdadero carácter de la guerra, no organiza sus filas, no expulsa de ellas a los agentes de la burguesía, no encuentra su camino para salir de la guerra. El proletariado organizado, cuando comprende el designio de los imperialistas beligerantes, cuando tiene confianza en sus propias fuerzas y en su misión histórica, cuando se unifica en torno a su vanguardia que actúa sobre la base del socialismo científico, representa una fuerza potente. Su papel en el pro-

ceso de la producción social durante el período de la guerra, aumenta cada vez más, la dependencia de todo el Estado burgués de las masas trabajadoras sigue en aumento, y, en fin, hasta el mismo resultado de la guerra depende de ellas. La guerra aproxima en enorme grado la posibilidad de cumplir la misión histórica del proletariado como clase destinada a reconstruir el mundo.

La encarnación de la organización de la clase obrera la constituye su partido. Lenin, fundador de un partido jamás visto en el mundo, un partido de nuevo tipo, demostró, dirigiéndolo, el grandioso papel que el partido revolucionario del proletariado puede y debe desempeñar en las condiciones de la guerra. En toda la II Internacional, el Partido bolchevique fué el único que levantó la bandera de lucha contra la guerra imperialista y elevó consecuentemente esta lucha hasta el final. Los bolcheviques dieron un ejemplo sin precedentes, de lucha abnegada por los intereses de la clase obrera, de capacidad de ligazón con las masas, de difusión entre ellas de las consignas históricas de Lenin y de organización de las masas para la lucha por su realización a pesar de la represión feroz de la autocracia zarista y del régimen presidiario del tiempo de guerra.

En las condiciones de la guerra, adquieren una importancia excepcional las relaciones proletarias e internacionales, la unificación de las fuerzas y la lucha conjunta de los obreros de diversos países, especialmente de los países beligerantes. Lenin arremetió con toda su fuerza contra la tesis traidora de Kautsky, de que "la Internacional es un arma de tiempos de paz". Esta expresión del virtuoso de la hipocresía "internacional", estaba orientada a la justificación de la traición más ruin de los líderes social-demócratas, que se habían puesto al servicio de "su" burguesía y que excitaban a los trabajadores a aniquilar a sus hermanos de la II Internacional.

Para defender los intereses de la clase obrera en los momentos de dura prueba, para oponer, frente a la burguesía que ha desencadenado la guerra de rapiña, la fuerza potente del proletariado unificado, le hace falta al proletariado, todavía más que en tiempos de paz, una organización internacional. La misma II Internacional subrayó esto más de una vez en las resoluciones de sus Congresos durante el período de ante-guerra, particularmente en Basilea (1912). Pero todo ello fué arrojado muy lejos en los primeros días de la guerra. La bancarrota vergonzosa de la II Internacional y la posición de los partidos social-demócratas en 1914, demostraron que el oportunismo de que estaba contagiada la Internacional, había realizado ya su obra. Todos los intentos de restablecer esta Internacional habrían causado solamente perjuicios al movimiento obrero. Lenin planteó entonces la tarea histórica de crear la III Internacional, la Internacional Comunista. Desde los primeros días de la guerra, comenzó a agrupar las fuerzas necesarias para la realización de este objetivo, unificando

a los pocos hombres mejores de los partidos socialistas de diversos países, que permanecieron fieles a la causa del internacionalismo proletario. Sobre los fundamentos de granito del marxismo-leninismo, se creó la Internacional Comunista. El Partido de los bolcheviques, el Partido de Lenin y Stalin, fué su baluarte y su primera organización.

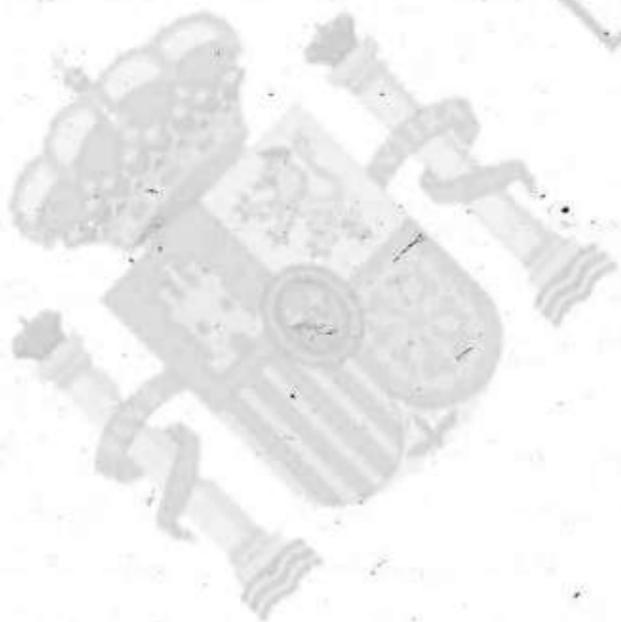
El comienzo de la creación de la III Internacional está ligado indisolublemente a la lucha contra la guerra imperialista. Lenin estableció sus fundamentos bajo la bandera del internacionalismo proletario. Las monarquías más poderosas de Europa, que entonces ocupaban aún fortalezas sólidas, fueron sus más feroces enemigos. Los mayores partidos social-demócratas, con su enorme aparato administrativo y sus líderes que habían intervenido oficialmente a lo largo de muchos años en nombre de las organizaciones obreras, se armaron contra Lenin, contra su doctrina, contra sus consignas, contra la organización proletaria internacional creada por él. Inalterable e inflexible, con una firmeza de hierro, con una perspicacia genial, Lenin siguió la batalla, la batalla contra la guerra, por el triunfo de la clase obrera. La historia demuestra quién salió triunfante. Hacia el final de la guerra, se derrumbaron, bajo la presión de las masas sublevadas, las monarquías más potentes de Europa. Fué asesado un fuerte golpe al régimen capitalista que engendra la guerra. La causa de Lenin triunfó en el mayor país del mundo. Las ideas de Lenin son inmortales. Confirmadas por toda la marcha del desarrollo histórico, estas ideas adquieren una fuerza cada vez mayor, hallan difusión en círculos cada vez más extensos de los trabajadores de todo el mundo. Estas ideas sirven hoy como fuente de luz en medio de las tinieblas de la segunda guerra imperialista mundial, son un faro que señala a los pueblos el camino de salida del infierno en donde han sido precipitados por las clases dominantes. La imagen inmortal de Lenin, el ejemplo de su lucha en el período de la primera guerra mundial, inspiran a los representantes avanzados de la clase obrera en su combate por los intereses de los explotados y de los desposeídos, por el triunfo de la clase obrera. Los comunistas son los propagadores de las ideas del leninismo. Ellos constituyen el ejército del proletariado internacional, armado por la teoría de Marx-Engels-Lenin-Stalin. Sobre la base de la doctrina leninista, desarrollada por el camarada Stalin, los comunistas determinan el carácter de la guerra actual, la posición de la clase obrera frente a ella; defienden abnegadamente los intereses de los trabajadores y luchan contra la guerra imperialista.

El estudio, la asimilación profunda del leninismo es la condición indispensable para la solución victoriosa de estas tareas. Los representantes de la clase obrera aprenden del gran continuador de la causa de Lenin, del camarada Stalin, a luchar por la doctrina leninista pura, aprenden a rechazar y aniquilar con éxito a sus enemigos, a aplicar eficazmente las ideas de Lenin en la práctica. Las obras

del camarada Stalin constituyen un grandioso arte de lucha por el leninismo, el desarrollo de la doctrina leninista aplicada a las nuevas condiciones de lucha de la clase obrera por el comunismo, un ejemplo histórico de encarnación justa de la doctrina leninista en la práctica. Las obras del camarada Stalin son el leninismo de nuestros días. En su asimilación profunda está la base de los futuros éxitos del leninismo.

En el aniversario de la muerte del gran jefe y genio de la revolución, los obreros y trabajadores conscientes de clase de todos los países elevan todavía más el estandarte invencible del leninismo, redoblan su trabajo de propaganda de las ideas leninistas, demuestran a las masas que su salvación de la guerra imperialista y de la explotación se halla en el camino trazado por la doctrina de Marx-Engels-Lenin-Stalin.

MINISTERIO
DE CULTURA



M. ERCOLI

Federico Engels, Dirigente del Movimiento Obrero Internacional

La vida de Engels abarcó tres cuartos del siglo XIX. Su actividad, como dirigente del movimiento obrero internacional, se extiende a aquel período del siglo pasado, en el que se desarrollaron violentamente las luchas políticas, nacionales y de clases, y a una parte del período subsiguiente, de desarrollo pacífico. Desde la Revolución de febrero de 1848, en la que la clase obrera apareció por primera vez en la escena de la Historia con sus reivindicaciones propias, hasta la Comuna de París, en la que se alzó la bandera de la dictadura del proletariado, ante la Europa capitalista llena de espanto; desde la Revolución burguesa alemana, que estaba condenada al fracaso por la traición de la burguesía y por la indecisión política y la demora de la pequeña burguesía democrática, hasta el levantamiento español de 1873, caracterizado por el ignominioso derrumbamiento de los anarquistas, pseudo-revolucionarios pequeño-burgueses; desde los primeros esfuerzos para crear una organización obrera revolucionaria independiente, hasta la constitución de la II Internacional y los primeros grandes éxitos del partido legal de masas del proletariado, en todos los grandes acontecimientos revolucionarios de este período, ha tomado parte este gran luchador de vanguardia de la clase trabajadora y del comunismo.

Las condiciones bajo las cuales tenía que desenvolverse en este período del movimiento, eran extraordinariamente difíciles. En la mayor parte de los países de Europa se trataba de llevar hasta el fin la Revolución burguesa aún no terminada, pero en casi toda Europa la burguesía había llegado a un punto de desarrollo, en el que se daba completa cuenta de que el proletariado se encaramaba sobre sus espaldas, "lo que no podían aprobar de sus socios proletarios" (*) y por eso, para conservar su poder, buscaba la unión hasta con las fuerzas reaccionarias.

El proletariado, formado, concentrado y fortalecido por el desarrollo de la industria, ya no se dirigía contra "los enemigos de sus enemigos", sino contra sus inmediatos adversarios de clase. Pero tanto desde el punto de vista de la ideología y del programa, como desde

(*) Engels: Prefacio de "La Guerra de los Campesinos de Alemania" edición de 1937, página 12.

el punto de vista político y de organización, el movimiento obrero aún no se había liberado de la influencia de la burguesía y de las formas exteriores de la pequeña burguesía, que obstaculizaban al proletariado la consciencia de su existencia, de su fuerza y de su misión histórica y social. Introducir el socialismo en el movimiento obrero, comunicar a la clase obrera el conocimiento científico de la verdad, la contradicción del desarrollo efectivo de la sociedad y su propio crecimiento, con toda la sociedad anterior, que tiene que luchar por su derrocamiento revolucionario; el fortalecimiento de esta consciencia por las experiencias recogidas en las luchas económicas y políticas, el dirigir a los obreros de una manera tan concreta que ellos mismos, en el transcurso de estas luchas, formen su propia ideología, programa y táctica—, estas eran las grandiosas tareas que se planteaban los fundadores del socialismo científico. Para cumplir estas tareas había que contestar en el terreno de las investigaciones teóricas, —como escribió Lenin—, a cuestiones que habían planteado los espíritus más progresivos de la humanidad, había que abrir nuevos caminos que hasta la fecha nunca fueron hollados. Era necesario avanzar en la lucha, ya en la lucha de ideas, ya en la lucha política y de clases. Era necesario adueñarse de todas las armas de la filosofía y de la ciencia, y emplearlas con maestría, y a la vez también las armas de la organización y de la dirección política de un movimiento de masas. Había que ser un gigante del pensamiento y un gigante de la acción. Y así era Federico Engels.

Unido a Marx por un común desarrollo espiritual, por una amistad que "oscurece las más conmovedoras leyendas de la antigüedad sobre la amistad humana" (*), ha dado Engels el ejemplo de aquella modestia que es el ornamento de los revolucionarios, asegurando que al lado de Marx él no era más que un "segundo violín" (*). Indudablemente que Marx, en profundidad y consecuencia del análisis científico y en poder de síntesis, ha alcanzado los pináculos de la inteligencia humana, pero, como él, fué Engels un genio del pensamiento. Los llamados "hombres de ciencia", los "filosóficos" peones de la burguesía, los revisionistas y oportunistas en las filas de la social-democracia, son los que se esfuerzan inútilmente en empequeñecer el papel y el tamaño del gran compañero de armas de Marx. En verdad palidecen las grandes figuras de los sabios "universales", como los que produjo el Renacimiento, ante la imagen de este hombre, que no sólo ha sabido dominar y dejar sus huellas en todos los campos de la ciencia, —desde la Filosofía a la Historia, desde la Economía hasta la Química y la Física, desde la Literatura hasta el Arte Militar—, sino que además ha unido la investigación científica y la actividad litera-

(*) Lenin: Marx, Engels, Marxismo. Edición 1939, página 45.

(*) Id. Id. página 45.

ria con la acción práctica revolucionaria, para la cual no sólo es la ciencia un medio para conocer el mundo, sino también un arma para transformarlo.

Profundamente penetrado de la verdad de que la lucha del proletariado no sólo se limita al terreno económico y político, sino que abarca el campo de la teoría, Engels nos ha enseñado que un dirigente del movimiento obrero, tiene también que estar a la cabeza de la lucha en este frente.

Es interesante observar cómo en el transcurso de los progresos de la cultura humana, las clases que se elevan, mientras juegan un papel revolucionario en el desarrollo de la sociedad, tienen la aspiración de ver el mundo tal como es y se inclinan a una concepción materialista del mundo. Y las clases que declinan, —antes de desaparecer del marco de la historia—, buscan un último refugio en las nieblas del idealismo, de la religión y del misticismo. Los grandes sabios italianos, que, como Galileo, han creado las bases de la moderna ciencia experimental, eran hijos de aquella joven burguesía que en las ciudades recién fundadas dirigían la lucha contra la campaña feudal. Los filósofos materialistas ingleses y franceses de los siglos XVII y XVIII, eran, en el terreno teórico, los representantes de una burguesía aún más revolucionaria. Como dirigente y representante del moderno proletariado industrial, de la única clase que es consecuentemente revolucionaria y que llega hasta conseguir su objetivo, Federico Engels, según las líneas generales establecidas en unión de Marx, ha elaborado y desarrollado la consecuente concepción materialista del mundo, que se ha convertido en la filosofía de la clase obrera. A él debe la ciencia los primeros y decisivos resultados de la investigación sobre los orígenes de la sociedad, del Estado y de la familia. El descubrimiento del carácter histórico del Estado, como dominación de una clase, al que llegó Engels después de profundas investigaciones, es uno de los fundamentos teóricos de la doctrina de la dictadura del proletariado, del Estado de la clase obrera victoriosa y el instrumento para la abolición de las clases. El es quien, en el "*Anti-Dühring*", en un lenguaje polémico y popular, ha dado a la clase obrera la primera exposición de conjunto de los fundamentos filosóficos del marxismo. Al tenaz y paciente trabajo del viejo Engels sobre los manuscritos y las notas incompletas que dejó Marx, debemos el II y III tomos de "*El Capital*", la terminación de la obra que representa una etapa decisiva en el descubrimiento de las leyes de la evolución de la sociedad. Es Engels quien, después de la muerte de Marx, en una serie de obras fundamentales e innumerables artículos y cartas, expuso, defendió, precisó y enriqueció la concepción materialista de la historia, luchando contra los enemigos declarados, contra la incompreensión y contra todos los intentos de falsear esta doctrina convirtiéndola en "economismo" y sociología vulgar, obra de los opor-

tunistas que querían silenciar en la doctrina marxista, el llamamiento a la acción y a la lucha revolucionaria. Y finalmente, es Engels quien se ha planteado la misión, que ha cumplido, de dar una síntesis del pensamiento científico de su tiempo, desde el punto de vista de la filosofía materialista. En el cumplimiento de esta tarea, —en su *"Dialéctica de la Naturaleza"*—, ha alcanzado las más altas cumbres del pensamiento humano. Penetrando con mirada de águila en los más complicados procesos científicos, resumiéndolos con fría y severa dialéctica, sin temor se adentra, en la *"Introducción"* de este libro, en los más grandes problemas del origen, del desarrollo y de las perspectivas, no sólo de las razas humanas y de la sociedad humana, sino también del universo entero, dando una respuesta a todos ellos. La audacia de su pensamiento, la lógica rigurosamente científica de su concepción, son dignas de un pensador que personifica en el terreno de la teoría las cualidades y la misión revolucionaria de la clase que está llamada a transformar y a reeducar a toda la humanidad según el espíritu del materialismo.

La misma claridad de objetivos, el mismo valor y la misma capacidad para sacar de un principio todas las consecuencias posibles, la capacidad de luchar, incommovible, por su realización práctica, aparecen en todos los terrenos a los que Engels ha extendido su actividad.

Teórico y hombre de acción, convencido del papel que juega la fuerza material en los momentos decisivos del desarrollo histórico, pertenece a Engels el mérito de haber empleado y elaborado en la ciencia militar los fundamentos y métodos del marxismo. Ahora, cuando el pacifismo se desvanece y viene a primer plano la fuerza armada, en el momento en que la vanguardia de la clase obrera ha sido llamada más de una vez a cumplir su deber, como dirigente del pueblo, en el fuego de la guerra, este aspecto de la actividad de Engels cobra un valor especialmente grande. En la familia de Marx le llamaban, de broma, "el General", pero hay muchos generales con galones que podían haber asistido a las clases de aquel dirigente de la clase obrera. Conocía perfectamente la historia militar y el mapa militar de Europa, explicaba y profundizaba los problemas del arte militar por medio del empleo consecuente de la concepción materialista de la historia. Su genio para comprender y prever los acontecimientos de la guerra era tan grande, que le permitieron, en el transcurso de la guerra de 1870-71, prever exactamente el lugar donde al ejército francés le esperaba la derrota, y hasta decir, con varios decenios de anticipación, en qué punto y por medio de qué maniobra, el ejército italiano había de ser deshecho en 1917, en el transcurso de la guerra mundial. Esta genialidad da ocasión a los especialistas militares de hoy, a estudiar a Engels como un clásico de su arte.

En el terreno de la política concreta del programa y de la acción inmediata de la clase obrera, es la participación del proletariado en

la lucha política como fuerza independiente, así como, simultáneamente, la creación de una organización obrera independiente y de su vanguardia, el punto central de la actividad de los dos inmortales fundadores del comunismo científico. En un período, en el cual todos los comunistas, con excepción del proletariado, estaban bajo la influencia de la evolución general ideal, como Lenin escribe, en el que la palabra socialismo muchas veces servía para encubrir la mercancía más reaccionaria, podía llevarse a cabo esta doble tarea, solamente por medio de una incansable y tenaz lucha contra toda clase de enemigos y por medio de una inexorable crítica, no sólo de los amigos dudosos, sino de los que estaban unidos desde hacía tiempo, —como los pequeños burgueses democráticos en el transcurso de la Revolución alemana de 1848—, junto a los que tenía que marchar la clase obrera, para decidir los problemas planteados por la historia en el orden del día.

El joven Engels vió muy claro en 1846 que no se trataba solamente “de enfrentar los intereses del proletariado en contraposición de los de la burguesía”, sino que había que infiltrar en la clase obrera la consciencia de que su finalidad es “la supresión de la propiedad privada y sustitución de ésta por la comunidad de bienes” y que este objetivo sólo puede alcanzarse por medio de la “Revolución democrática violenta”(*).

En sus “*Fundamentos del Comunismo*” dió él, en los años subsiguientes, el primer proyecto del “*Manifiesto del Partido Comunista*” en cuya redacción trabajó en unión de Marx. Las exigencias que fueron planteadas por Engels en los “*Fundamentos del Comunismo*”, fueron comparadas por el camarada Stalin, en la XV Conferencia del P. C. (b) de la URSS en el año 1926, con las adquisiciones de la Revolución de Octubre y afirmó que “los nueve décimos de este programa ya habían sido realizados por nuestra Revolución”.

El programa revolucionario que en 1848 fué fijado con las inmortales palabras del “*Manifiesto del Partido Comunista*”, tuvo que soportar la prueba de fuego y su desarrollo continuado en la lucha de clases. Sobre la base de las experiencias de estas luchas han precisado Marx y Engels su concepción del aparato estatal burgués y del establecimiento de la dictadura revolucionaria de la clase obrera, genial pensamiento político cuya primera confirmación fué la Comuna de París y cuya magnífica realización ha sido llevada a cabo en octubre de 1917, por la victoria del proletariado en Rusia, conducido por el Partido de Lenin y Stalin.

Este programa había de concretarse día por día, adaptado a cada situación y a cada país, había de popularizarse y defenderse cada

(*) Marx-Engels: *Cartas Escogidas*, edición 1934 pág. 4.

Carta al Comité Comunista, de Correspondencia del 23-10-1846.

día. En este terreno correspondió a Engels el papel principal aún en el período en que Marx vivía.

“... me correspondió, —escribía Engels en 1887—, representar nuestras concepciones ante la prensa periódica, por lo tanto, nominalmente, en la lucha contra las concepciones antagónicas, para que Marx pudiera tener tiempo disponible para la elaboración de su gran obra fundamental” ()*.

Y la lucha fué llevada con maestría, fué llevada de tal manera que todas las corrientes enemigas del marxismo fueron eliminadas y se preparó el momento en que éste había de triunfar como ideología dominante de la clase obrera.

Pero sería un error considerar esta lucha como un ejemplo de brillante y efectiva polémica ideológica y política. Sirvió, ante todo, a su verdadero objetivo de establecer una sólida base sobre la que había de levantarse el Partido revolucionario del proletariado.

“El primer gran paso que aconteció en cada nuevo país que entra en el movimiento, es siempre la constitución de los obreros en partido político independiente y, de la misma manera, mientras es un partido específicamente obrero” ()*.

Estas palabras fueron escritas por Engels en 1886, cuando mostraba que la debilidad, “el punto flaco” del movimiento obrero americano era su “neutralidad política”. Pero de esto ya estaba convencido el joven luchador, lleno del espíritu del Partido, cuando él, 40 años antes, en París, entre un grupo de emigrantes que estaban reunidos para discutir las ideas socialistas, puso a votación el problema de si se trataba de una reunión comunista y, después de gran lucha, obtuvo la mayoría.

El pensamiento principal era el siguiente:

“... TODO partido obrero de un gran país solamente puede desarrollarse en lucha interior, como lo que en general está fundado en las leyes dialécticas del desarrollo” ()*.

Además, Engels no temía las descomposiciones, discusiones y luchas, ni durante los trabajos preparatorios para la formación de una organización política obrera, ni dentro del partido ya existente. Lo consideraba, por el contrario, como el camino necesario para llegar a una unidad profunda. Recibía bien las escisiones que eran necesarias; declaraba que era un profundo error el de mantener la unidad del Partido a costa de la confusión ideológica y política.

(*) Engels: Prólogo de la 2a. edición de “La Cuestión de la Vivienda”, págs. 5-6.

(*) Marx-Engels: *Cartas Escogidas*, pág. 357. *Carta a Sorge*, 29-11-1886.

(*) Cartas de F. Engels a E. Bernstein (20-10-1882), página 85.

“El Partido alemán ha sido lo que es por la lucha entre los eisenachianos y lassalleanos, donde la misma disputa juega un papel principal. La unificación sería sólo posible si se hubiera gastado la pandilla de portuenses que Lassalle ha preparado intencionadamente como instrumento, y aún así sería por nuestra parte una precipitación excesiva. En Francia, aquellos que han sacrificado realmente la teoría bakuninista, pero que continuar con los medios de lucha bakuninistas y que simultáneamente quieren sacrificar el carácter de clase del movimiento a sus fines particulares, debieran desaparecer antes de que la unión pueda ser posible. Sería una tontería la de predicar unión en tales condiciones” ()*.

El fuego de la inexorable crítica de Engels se dirigía contra el utopismo reaccionario de los pudhonianos, contra los pseudo-santos predicadores que hablaban de procedimientos maravillosos para resolver la cuestión social sin estorbar “la paz entre las clases”. Frente a ellos ponía la doctrina marxista de la lucha de clases como la piedra de toque de la historia, como el único camino, que por medio de la dictadura del proletariado, conduce a la abolición de las clases. Su crítica se dirigía contra los demócratas pequeño-burgueses, a los que no sólo tildaba de irresolución política, sino que les hacía notar que “también el proletariado, para tomar posesión del poder político, necesita de las formas democráticas, pero que son para él, como todas las formas políticas, solamente medios”. (*). Abrió una brecha en la confusión ideológica y en el oportunismo político de los lassalleanos, que querían vestirse con la librea de los servidores del Estado reaccionario, así como acusó luego a los posibilistas franceses que se habían vendido al Gobierno. Engels desenmascaró a las marionetas de los tenebrosos e impotentes anarquistas, esos “enemigos de la autoridad”, que osaban declararse revolucionarios, a los que recordó que una revolución es, sin duda, la situación más autoritaria que hay. Decía a estos negadores de la necesidad de la lucha política del proletariado:

“Pero la masa de los obreros nunca se dejará persuadir de que las condiciones públicas de su país no son, a la vez, sus propias condiciones, y son por su naturaleza POLÍTICAS y terminará por abandonar a aquel que les invita a dar de lado a la política” ()*.

Su energía, su tenacidad incansable, su ausencia absoluta de miras personales que pudieran perturbar la inevitable lucha fundamental, su odio al filisteísmo, su desprecio por la “respetabilidad” burguesa, que los oportunistas se enforzaban en difundir entre las filas del Partido, su incommovible convencimiento de que es revolucionario el decir la verdad—, estas son las cualidades que han proporcio-

(*) Id. (20-10-1882), páginas 85-86.

(*) Cartas de F. Engels a E. Bernstein (24-3-1884), página 142.

(*) Marx-Engels, *Cartas Escogidas*, página 263. Carta a Cuno del 24-1-1872.

nado a Engels el título honorífico de "ser el mayor grosero de Europa".

El oportunismo en todas sus formas era el mayor enemigo que señalaba a los funcionarios obreros de su tiempo. Ya hacia el año 50 llegó a la conclusión de que:

"El proletariado inglés se aburguesa de hecho cada vez más, así es que esta nación, la más burguesa de todas, parece que pretende poseer una aristocracia burguesa y un proletariado burgués AL LADO de la burguesía. Para una nación que explota a todo el mundo, esto es sin duda, en cierta medida, verosímil" ()*.

Esta afirmación contenía la esencia de aquel análisis de las raíces del oportunismo en el movimiento obrero, que fué más tarde completamente elaborado por Lenin y que había de constituir uno de los fundamentos de la política revolucionaria de los bolcheviques dentro del movimiento obrero internacional.

Así como Marx, estaba convencido de que "el sectarismo deviene reaccionario" en el momento en que la clase obrera "está madura para un movimiento históricamente consciente", y al mismo tiempo luchaba tanto contra el oportunismo de derecha como contra todas las tendencias sectarias, contra toda la incomprensión y toda subestimación de las leyes y necesidades de la expansión del movimiento obrero, contra aquellos que querían "dejar que empiece la revolución por su "último acto" (*), que no saben ligar la propaganda con la acción política, que quieren condenar al movimiento obrero a la inactividad e impotencia, esperando la "revolución social pura".

La táctica que han empleado y defendido los fundadores del socialismo científico durante todas las etapas del movimiento obrero y de los acontecimientos revolucionarios de su tiempo, estaba de acuerdo con estos objetivos y con los principios generales de su acción en dos tareas fundamentales. La primera consistía en la fundamentación de una política independiente de la clase obrera y de su vanguardia. La segunda consistía en abarcar las más amplias masas de trabajadores, manteniendo y restableciendo de una manera duradera la ligazón de la vanguardia del proletariado con estas masas. Por la ofensiva y la lucha de estas masas que defienden sus intereses y reivindicaciones, serán resueltas aquellas cuestiones que se producen en el desarrollo de la sociedad humana y de sus contradicciones objetivas. ¡Ay del Partido de la clase obrera que no es capaz, desde sus principios y en toda su actividad, de ligarse con las masas; que en las horas decisivas de la historia no es capaz de tomar la posición y de dar las soluciones, que de acuerdo con la verdadera situación y grado de

(*) Marx-Engels: *Cartas Escogidas*, págs. 95-96, carta a Marx del 7-10-1858.

(*) Id. página 328, carta a Bebel del 28-10-1882.

conciencia de las masas, facilitando, hasta la más amplia concentración de fuerzas revolucionarias y abren al movimiento el camino para que adquiriera la mayor expansión posible!

El movimiento obrero, —como nos enseñó Engels—, no puede ser la consecuencia de predicaciones, sino de la acción política. El movimiento obrero toma su carácter de los acontecimientos vivos y en el transcurso de estos acontecimientos por la experiencia que en ellos hacen las masas.

Las doctrinas tácticas de Engels se dirigían contra la pasividad oportunista, que se ocultaba tras los discursos pseudo-revolucionarios, pero que renunciaba a la verdadera actividad política; pero a la vez se dirigían también contra aquellos oportunistas que abandonan el camino de la lucha revolucionaria para hundirse en la colaboración de las clases. Hay gentes que se figuran que una situación revolucionaria se forma de la siguiente manera:

“todos los partidos oficiales unidos en un montón AQUÍ, y los socialistas en una columna ALLÁ; gran combate decisivo, victoria en toda la línea con un solo golpe” (*).

Engels se reía de esta concepción infantil, que en modo alguno coincide con la realidad. Las fuerzas que se enfrentan con la clase obrera no están agrupadas en una masa única reaccionaria.

“La burguesía, —señala en el artículo “LA CAMPAÑA POR LA CONSTITUCIÓN DEL IMPERIO ALEMÁN”—, nunca domina en su totalidad... la fracción progresiva opositora de la burguesía grande y media tiene entonces, frente a la fracción dominante, intereses comunes con la pequeña burguesía y se alía con ella para las luchas comunes” (*).

Además, el proletariado de ninguna manera debe ser un espectador inactivo de estas contradicciones, debe aparecer en todas las situaciones con su propio programa y sus propias exigencias, para sacar provecho de las contradicciones existentes entre los distintos grupos sociales y sus partidos políticos, para obtener con eso aliados, para jugar en cada situación su papel de representante y defensor de los intereses de todo el pueblo. En casos concretos, el partido de la clase obrera puede:

“apoyar a otros partidos y tomar medidas que beneficien al proletariado de una manera inmediata o que signifiquen un paso adelante en dirección del desarrollo económico o de la libertad política” pero esto solamente “a condición de que no entre en cuestión el carácter de clase del Partido. Esto es para mí una frontera absoluta” (*).

(*) Marx-Engels: *Cartas Escogidas*, página 328. Carta a Bebel, 28-10-1882.

(*) De los documentos literarios póstumos de Marx y Engels (1881-1850).

(*) Carta de Engels a Trier, del 18-12-1889.

El mismo Engels, que durante toda su vida luchaba obstinadamente contra todo intento de dar unidad al Partido de una manera falsa y artificial, manteniendo un compromiso en los principios, declaraba con la misma energía, la necesidad de seguir una táctica en cuya esencia está facilitar la realización de la unidad de lucha de todos los elementos revolucionarios.

Escribía en 1887:

“si en 1864-1873 hubiéramos establecido no trabajar más que con aquellos que hubieran reconocido abiertamente nuestro programa, ¿dónde estaríamos ahora?” ()*.

Ya al constituir la Internacional, planteó Marx los estatutos de organización de manera que todos los socialistas de entonces que provenían de la clase obrera, tuvieran la posibilidad de ingresar en sus filas.

“... sólo por esa amplitud la Internacional ha llegado a ser lo que ha sido, el medio para la disolución y absorción paulatina de aquellas pequeñas sectas...” ()*.

Este continuo esforzarse por la creación, para la lucha y en la lucha, de un movimiento de conjunto de la clase obrera, con firmeza de principios, fué la línea directriz de la conducta de Engels en toda su actividad política, así como en todos los consejos, instrucciones y orientaciones que dió, tanto a los funcionarios revolucionarios de todos los países, como a los dirigentes y partidos socialistas; incansablemente les advertía y presionaba para que utilizaran, en las más distintas situaciones, todas las formas de organización y de lucha, desde la agitación económica y la huelga sindical, hasta la participación en las elecciones y la utilización de la tribuna parlamentaria, así como la abierta lucha en las calles, cuando las circunstancias lo exigieran.

Estaba convencido de que no es posible hacer el movimiento obrero “sólo con prédicas”. “Los hechos tienen que adoctrinar a la gente”. (*)

“Las masas aprenden exclusivamente por las consecuencias de sus propias faltas, por las experiencias en su propio cuerpo” ()*.

Con su peculiar capacidad de análisis dialéctico de las relaciones de clase, investigó los acontecimientos políticos interiores de cada país, así como las relaciones entre los Estados en el terreno de la po-

(*) Marx-Engels: Cartas Escogidas, pág. 361, carta a la Sra. Wischnewetzki, del 27-1-1887.

(*) Id. de la misma carta.

(*) Marx-Engels: Cartas Escogidas, página 367, carta a Sorge, 8-2-1890.

(*) Id. página 373, carta a Schmidt, 5-8-1890.

lítica internacional. Estudió el problema de los campesinos, sus necesidades y su papel en la revolución, se concentró sobre cuestiones como la de la opresión nacional en Irlanda o del dominio británico sobre la India. Con ello ha creado Engels los fundamentos de la estrategia y de la táctica de la revolución proletaria, que más tarde han sido elaborados y completados por Lenin y Stalin. Ya en el primer período de su actividad científica y política, en unión de Marx, se ocupó especialmente de los problemas del desarrollo social y político de Rusia y de las perspectivas del movimiento obrero y de la revolución en este país. Luchó contra las concepciones reaccionarias de los nacionalistas, reconoció la necesidad histórica y objetiva de la expansión del capitalismo en Rusia, pero, —partiendo del hecho de que "Rusia es el último país que ha sido afectado por la gran industria capitalista y simultáneamente, el país que con mucho tiene la mayor población campesina"—, llegó a la conclusión de que "las circunstancias son de tal categoría, que las conmociones que han de producir esta transformación económica han de ser más violentas que lo que han sido en cualquier otra parte" (*).

El análisis y las perspectivas de la situación de Rusia, hecho por Engels en unión de Marx, contenía la esencia de la doctrina de las fuerzas en movimiento de la revolución rusa, que más tarde Lenin condujo hasta el fin. La certidumbre de un movimiento revolucionario que había de partir de Rusia, "dando al movimiento obrero de Occidente nuevo impulso y nuevas y mejores condiciones de lucha, acelerando con ello la victoria del moderno proletariado industrial", (*) es una de las más importantes partes integrantes de las perspectivas que dió Engels, en los últimos años de su vida, para el movimiento obrero internacional.

Fundamentaba su previsión del desarrollo histórico en las leyes objetivas que determinan el papel revolucionario de la clase obrera y tenía plena confianza en la capacidad del proletariado de cumplir su misión de enterrador del capitalismo y creador de un nuevo mundo, y que después de cada etapa de la lucha se enriquece con nuevas experiencias, avanzando en su camino con mayor claridad en sus objetivos. Enseñó además Engels a los partidos obreros que cada victoria de la reacción contiene dentro de sí los elementos de su decadencia y que no puede conducir a su estabilidad durante un largo período.

Engels, que vivía en una época en la que el capitalismo aún no había llegado al imperialismo, como es natural no podía prever en todos sus detalles la dirección según la cual el movimiento obrero

(*) Id. carta a Danielson, 24-2-1893.

(*) Engels: Internacionales aus del Volstaat (1871-1875). Epílogo de 1894, página 72.

había de desarrollarse más adelante. Pero es un hecho, el que en los últimos años de su vida, en aquel período en el que los funcionarios de todo el mundo acudían a él, le escribían solicitando su ayuda, su consejo y sus instrucciones, presintió el papel de traición del revisionismo y del oportunismo en el movimiento obrero. Esto explica su desconfianza instintiva ante gentes como Bernstein y Kautsky, e incluso en el viejo Liebknecht, esto explica la clarividencia con que advirtió a los socialistas italianos sobre la táctica de la colaboración con el Gobierno de la burguesía radical y de la pequeña burguesía democrática, esto explica la violencia con que atacó el "pacifismo oportunista de *Vorweerts*" y se burlaba "del alegre crecimiento de la antigua porquería, en la sociedad socialista" (*). Estaba entusiasmado del magnífico impulso que había adquirido el movimiento obrero legal, pero hablaba con preocupación y desdén de la concesión de principios ante la burguesía, para negociar concesiones aisladas, y ante todo para negociar pingües puestos para los funcionarios.

La tensión de las relaciones entre los dirigentes de la social-democracia alemana y los viejos luchadores que se produjo en los últimos años, llegó tan lejos, que él amenazó a la prensa alemana del Partido con no volverla a utilizar para sus publicaciones, lo que indica en qué sentido se movían sus preocupaciones.

Por la experiencia de 1848, 1870-71 y de la I Internacional, llegó Engels a la conclusión de que la Internacional debía volverse a levantar y vivir sobre la base del marxismo.

"La Internacional ha reinado sobre diez años de la historia europea, en un sentido donde se encuentra el futuro—, y puede volver la mirada con orgullo por su trabajo. Pero en su antigua forma no se ha sobrevivido. Si se sacara adelante una nueva Internacional a la manera de la antigua, una alianza de todos los partidos proletarios de todos los países, correspondería una derrota general del movimiento obrero, como la que reinó en 1849-64. Para ello el mundo proletario ya es demasiado grande, demasiado complejo. Yo creo que la próxima Internacional será, —después de que los escritos de Marx hayan influido durante algunos años—, comunista e implantará directamente nuestros principios" (*).

La II Internacional había de descomponerse podrida por el oportunismo, deshecha por la traición de los dirigentes social-demócratas. Pero la Internacional "comunista pura" prevista por Engels, había de ser fundada por hombres que eran los herederos del espíritu revolucionario y del pensamiento revolucionario de los fundadores del comunismo científico, que aplicaron su doctrina en las nuevas condiciones del imperialismo y de la lucha de clases, y bajo cuya direc-

(*) Marx. Engels: *Cartas Escogidas*, página 271, carta a Sorge, 12-9-1874.

(*) Id. id. página 383, carta a Kautsky, 29-6-1891.

ción la clase obrera alcanzó el poder y estableció la dictadura del proletariado en una sexta parte del mundo—, por Lenin y Stalin, los dirigentes del Partido Bolchevique, los dirigentes del movimiento comunista Internacional.

Los dirigentes de la social democracia han echado por la borda las enseñanzas de Engels y han traicionado ignominiosamente la causa del marxismo.

Lenin y Stalin son los que han profundizado y desarrollado la doctrina marxista del Estado y de la revolución proletaria, y han dado al proletariado las armas teóricas que necesitaba para alcanzar la victoria en el período del imperialismo, asaltar el poder y levantar la sociedad socialista en un país. Es especialmente Stalin quien ha elaborado definitivamente los problemas teóricos que fueron planteados por el desarrollo de la crisis general del capitalismo, por las nuevas formas de la reacción, en las que la burguesía buscó refugio por la maduración de una crisis mundial revolucionaria. Es Stalin quien ha elaborado los problemas teóricos que se relacionan con la edificación de la sociedad socialista sin clases, con la lucha y la expansión del Partido bajo las condiciones de la dictadura del proletariado, con el establecimiento y desarrollo del Estado socialista, con el florecimiento de la más amplia democracia socialista de todo el pueblo sobre la base de la dictadura del proletariado, con el tránsito a la fase superior del comunismo, cuya necesidad ha sido señalada por Marx y Engels como el punto culminante de la historia de la humanidad.

Son Lenin y Stalin quienes han creado el partido mundial del proletariado en las condiciones actuales, en lucha implacable contra el oportunismo y el sectarismo, contra cualquier infiltración en las filas de la clase obrera de ideologías no proletarias o contrarrevolucionarias.

“No hay, ni puede haber, ninguna línea ‘intermedia’ en las cuestiones de principio. Hay que establecer el trabajo del partido sobre la base de estos o de aquellos principios. Una línea ‘intermedia’ en las cuestiones de principio es una ‘línea’ de bruma en las cabezas, una ‘línea’ de ocultación de las diferencias de opinión, una ‘línea’ de degradación espiritual del Partido, una ‘línea’ de muerte espiritual del Partido... La práctica de la social-democracia consiste en velar y disimular estas contradicciones y diferencias de opinión... La política de principios ‘intermedia’ no es nuestra política. La política de la línea de principios ‘intermedia’ es la política de los partidos en decadencia y degradados” ().*

Todo el pensamiento revolucionario, toda la ardiente energía de Engels como dirigente del Partido, vuelven a vivir en esas palabras

(*) Stalin: *“El bloque de oposición y los problemas de la revolución en la URSS”*, páginas 113-114.

del camarada Stalin, con las cuales él, en la cúspide de la Internacional comunista, condujo la lucha por una vanguardia bolchevique del movimiento obrero internacional.

El mismo Engels nos ha mostrado que, para desempeñar puestos responsables en el Partido, no bastan el talento literario y los conocimientos de las condiciones de la lucha del Partido y un completo dominio de sus formas, una bien probada confianza personal y fuerza de carácter y finalmente, una voluntaria participación en las filas de los luchadores.

Lo que admiramos en Engels y lo que queremos señalar como ejemplo a los funcionarios proletarios, es la manera como personificaba, en su vida diaria, ese ideal de dirigente de un Partido. Para él la lucha no era una palabra vacía. Desde su juventud hasta los últimos días antes de su muerte, ha puesto toda su vida, ha estado siempre en primera línea, siempre vigilante, siempre lleno de actividad. En los momentos críticos era él quien elaboraba los planes concretos para el movimiento de insurrección, y cuando, en 1849, empezó la lucha armada, estuvo en su puesto, como soldado. Conocía casi todos los idiomas europeos; ligado personalmente con los dirigentes del movimiento socialista de los principales países, secretario de la I Internacional, encargado de la correspondencia con cinco países, era la personificación del internacionalismo militante. Las persecuciones policiacas no podían quebrantar su voluntad. Nunca le conmovieron los ataques de sus adversarios. Cuando tenía más de 60 años de edad, aún tomó parte, en Londres, en actos públicos y marchaba a la cabeza de las manifestaciones callejeras, ejemplo vivo de la inseparable unidad entre la teoría y la práctica, entre el pensamiento y la voluntad.

Por los caminos que él previó, mostró e inició con seguro paso, ha marchado la clase obrera hasta que, en octubre de 1917, alcanzó la gran victoria decisiva. Por esos caminos sigue marchando el movimiento obrero internacional y seguirá marchando hasta el coronamiento de la obra a la que Engels consagró todo su pensamiento, toda su actividad y su vida entera.

K. FUNK

K. Liebknecht y Rosa Luxemburgo, Internacionalistas de Acción

“No hay más que *un* internacionalismo de acción: el trabajo abnegado en el desarrollo del movimiento revolucionario y de la lucha revolucionaria en el *propio* país, el apoyo (por medio de la propaganda, por medio de la ayuda material o moral) a esta *misma* lucha, una misma línea y *sólo esa* en todos los países, sin excepción” (*).

En 1917, Lenin caracterizó con estas palabras inequívocas, en su trabajo “*Las tareas del proletariado en nuestra revolución*”, el auténtico internacionalismo, y a la vez, el abismo que le separaba del “Internacionalismo” de los Kautsky, Grimm, Adler y compañía. Lenin señalaba que no era

“fácil ser internacionalista de acción en la época de la terrible guerra imperialista. De estos hombres, hay pocos; pero SOLAMENTE ellos representan el futuro del socialismo, SOLAMENTE ellos son los DIRIGENTES de las masas y no los corruptores de las masas” (*).

Karl Liebknecht fué calificado por Lenin como el representante más conocido de la corriente de los internacionalistas de acción, y en una conferencia que pronunció el 27 de mayo de 1917 en un distrito de la ciudad de Petrogrado, dijo:

“Nos dicen; parece que, en una serie de países, todo está dormido. En Alemania, todos los socialistas, como un solo hombre, son partidarios de la guerra. Únicamente Liebknecht está en contra. A esto contesto yo; Este Liebknecht representa a la clase obrera, en él y sus partidarios tiene puestas todas sus esperanzas el proletariado alemán. ¿No lo creéis? En este caso, ¡continúa la guerra! Porque no hay otro camino. Si no tenéis confianza en Liebknecht, si no creéis en la revolución de los trabajadores, en la revolución que está gestándose, si no creéis en nada de esto, entonces, creed a los capitalistas!” (*).

La fe en la clase obrera, la profunda e inquebrantable conciencia de la revolución en germen que vivían en estas palabras de Lenin, se fundaban en el conocimiento de las condiciones del desarrollo y

(*) Lenin-Stalin: *El año 1917*, edición 1939, página 54.

(*) Id. id. página 58.

(*) Lenin: *Guerra y Revolución*, página 28.

de la correlación de fuerzas que en aquel período correspondían a la lucha de clases proletaria. Lenin, que había descubierto como nadie la relación existente entre el desmoronamiento de la II Internacional oportunista y el desarrollo del capitalismo podrido y parasitario; Lenin, crítico implacable y adversario de todo intento de escamoteo o eufemismo sobre la decadencia de los partidos social-demócratas reformistas del viejo tipo y del deslizamiento de sus dirigentes reaccionarios hacia el campo de su correspondiente burguesía, sabía que era preciso tener confianza en Liebknecht, aunque, considerado superficialmente, estuviera "solo", y aunque, aparentemente, las amplias masas se encontrasen aún aprisionadas por la burguesía y sus agentes social-imperialistas. Lenin, dirigente del *único* partido de la clase obrera internacional, que, sin tambalearse ni contemporalizar, puso en práctica los fundamentos del internacionalismo y de la lucha de clases revolucionaria desde el primer día de la guerra mundial imperialista y que llevaba a cabo consecuentemente en su propio país la lucha contra esta guerra, reconoció con certera seguridad en Liebknecht el exponente de una nueva fuerza que buscaba un camino a través de los escombros oportunistas. Y además, no se desorientó con las fallas, con la escasa claridad de que aún adolecían los representantes de esta corriente. Sabía que todo ello sería vencido si el proletariado había de ser conducido a la victoria. Pero, precisamente, por ello prestó una ayuda abierta y tenaz a los mejores representantes de esta corriente del internacionalismo en acción. Precisamente por ello en sus críticas, como por ejemplo, en su importante artículo de tesis "*Sobre el folleto de Junius*", les previno seriamente y pacientemente contra las consecuencias de esas faltas y de esas oscuridades y les explicó los nuevos conocimientos teóricos que habían sido elaborados por el Partido de los bolcheviques, ampliando audazmente y aplicando en la práctica las doctrinas de Marx y Engels. Sólo un partido consecuentemente marxista como el partido bolchevique, sólo unos continuadores geniales de la doctrina de Marx y Engels, como Lenin y Stalin, eran capaces de una actitud tan estimulante como la que mantuvieron con el pequeño grupo de Karl Liebknecht. No es el último mérito del Partido de Lenin y Stalin que la memoria de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, que, en enero de 1919, fueron asesinados por los guardias blancos a sueldo del Gobierno social-demócrata de Ebert-Scheidemann, esté siempre unida en el corazón de las amplias masas proletarias al recuerdo vivo de la lucha que ellos y sus amigos sostuvieron valientemente bajo el signo del internacionalismo y contra la guerra imperialista. Si los nombres de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo son ahora para el proletariado un símbolo de fidelidad abnegada a la causa de la clase obrera internacional, cuando han fracasado cínicos intentos de los falsificadores oportunistas y contrarrevolucionarios de profanar a los dos grandes muer-

tos para esconder su mercancía de contrabando, esto hay que agradecerlo en primer término el hecho de que, en el crisol de la crítica bolchevique, todo lo que ha quedado de lo transitorio de la vida y de la actuación de los dos desaparecidos, ha sido incorporado al tesoro de la clase obrera internacional.

Cuando se considera hoy la actuación de Liebknecht, Luxemburgo y sus amigos del "Grupo Internacional", llamado más tarde "Spartakusbund", durante todo el transcurso de la primera guerra mundial imperialista, domina la impresión de un trabajo intensivo y tenaz de esclarecimiento de las masas obreras. Ciertamente que este trabajo no tuvo en modo alguno el carácter de propaganda y de agitación como el trabajo del Partido de los bolcheviques en Rusia; pero aún así, es cierto también que actuó sobre las masas en proporción creciente. Estaba realizado por hombres apasionadamente entregados a la causa del proletariado que, durante la guerra, emprendieron los primeros intentos sensibles para organizar el trabajo ilegal del Partido. Lo heroico, el no tener miedo a incluir la propia persona en el último sacrificio, apareció frecuentemente en este trabajo *en lugar* de una actividad conspirativa cuidadosamente preparada y, en vez de completar este trabajo y *concluirlo*, masas cada vez más amplias terminaban por arder en la misma acción, la acción se convertía en un ejemplo, y la emulación llegaba a ser una cuestión de honor entre las fuerzas más avanzadas, entre las fuerzas mejores de la clase obrera.

Inmediatamente después de empezar la guerra se vió, en el terreno político y organizativo, lo difícil que era, bajo las condiciones agravadas del estado de sitio, alcanzar y superar lo que la izquierda de la social-democracia alemana dejó de hacer en la lucha de principios contra los oportunistas abiertos o encubiertos:

"La mayor falta de todo el marxismo revolucionario en Alemania es la falta de una organización ilegal bien trabada, que siga sistemáticamente su línea y que eduque a las masas en el espíritu de las nuevas tareas; tal organización debiera ocupar una posición clara, tanto frente al oportunismo como frente al kautskismo" (*).

Con estas palabras, Lenin mostró en su artículo "Sobre el folleto de Junius", dónde flaqueaban principalmente los internacionalistas en Alemania. Las consecuencias de esta falta, que no eran "puramente de organización", sino que tenían raíces políticas más profundas, aparecieron ya en la sesión del Reichstag del 4 de agosto de 1914. Cuando, en este día, la fracción social-demócrata del Reichstag votó los créditos de guerra, Karl Liebknecht, que en la reunión previa de la fracción del Reichstag había intervenido violentamente contra el voto

(*) Lenin: *Obras Escogidas*, tomo V, página 266.

favorable, se encontró sin un camino claro que le llevase a la posición justa. El mismo Liebknecht escribe a este propósito:

“Yo también me limité... cuando fueron presentados los primeros créditos, a combatirlos en la fracción, sin que por muchos motivos, —aún no se advertía claramente la descomposición interior del Partido; aún parecía que estábamos solos ante un caso de confusión; aún conservaba para mí mucho prestigio la disciplina de la fracción—, llevara de momento la lucha a la sesión del Reichstag. Mandando al diablo la disciplina de fracción que destruía el programa, más tarde, en el pleno de diciembre del Reichstag, me opuse abiertamente a la aprobación de los créditos” ()*.

En la votación del 2 de diciembre de 1914, Liebknecht presentó a la fracción social-demócrata del Reichstag una declaración que fué rechazada y cuya inclusión en las actas de las sesiones del Reichstag fué denegada cuando el mismo Liebknecht lo solicitó. En esta declaración histórica, Karl Liebknecht caracteriza la guerra como una guerra imperialista, que “no ha sido encendida para la prosperidad del pueblo alemán”. Liebknecht desenmascaró el intento de falsear esta guerra, haciendo de ella “una guerra por una cultura más elevada” bajo “la falsa bandera de una guerra por la nacionalidad y por la raza”. Atacaba también especialmente la consigna de “contra el zarismo”, lanzada por los dirigentes oportunistas social-demócratas como una “justificación” de su actitud, y que, —según sus palabras—, no tenía otro objeto que “movilizar los más altos instintos del pueblo alemán, su tradición revolucionaria, en beneficio de los objetivos de guerra, del odio entre los pueblos”. Según Karl Liebknecht, “Alemania, que estaba dispuesta a ayudar militarmente a los zares sanguinarios contra la gran revolución rusa; Alemania, en donde la masa del pueblo está explotada económicamente y oprimida políticamente, en donde las minorías nacionales están yuguladas por leyes de excepción; Alemania no tiene ninguna vocación de libertadora de pueblos”. Y proféticamente se dice más adelante en la misma declaración: “La liberación del pueblo ruso debe ser su propia causa, así como la liberación del pueblo alemán no puede ser una consecuencia del favor benévolo de otros Estados, sino su propia obra” (*). Las predicciones de Liebknecht fueron confirmadas por el desarrollo de la guerra, de la gran Revolución Socialista de Octubre en Rusia y de los demás acontecimientos políticos.

La línea en que había entrado Karl Liebknecht con su audaz declaración como portavoz del internacionalismo de acción fué defendida personalmente por él, tanto en el mismo Parlamento como entre las masas, despreciando todas las medidas brutales de opresión de la burguesía, de sus funcionarios militares y de sus peones social-demó-

(*) Karl Liebknecht: *Discursos y Artículos*, página 133.

(*) Karl Liebknecht: *Discursos y Artículos*, página 134.

cratas, despreciando los golpes de Noske, Scheidmann y compañía. Mientras tuvo la más mínima posibilidad, con preguntas en el Reichstag, para destacar la política imperialista de guerras y anexiones y para hacer oír las reivindicaciones de las masas trabajadoras, usó incansablemente de estas posibilidades. Sus acusaciones, sus reivindicaciones, que fueron asfixiadas medrosamente por la censura militar y por la propia censura de la dirección del partido social-demócrata, encontraron, sin embargo, su camino hasta las masas. Cartas de información, octavillas y, por último, las "*Cartas de Spartakus*" llevaron la verdad al país, se difundieron entre las masas. Con un trabajo esmaltado de sacrificios, en muchos lugares actuaban incansablemente numerosos luchadores para difundir las palabras de Karl Liebknecht, para difundir la verdad sobre la guerra imperialista y sobre la lucha del movimiento obrero internacional.

En abril de 1915, apareció el primer cuaderno de una nueva revista mensual, "*Die Internationale*" (La Internacional), publicada por Rosa Luxemburgo y Franz Mehring. En realidad este número, como consecuencia de la inmediata intervención de las autoridades, fué el único que pudo publicar la revista durante la guerra, a pesar de lo cual tuvo una gran importancia en el proceso del desarrollo de las luchas revolucionarias de los internacionalistas. Rosa Luxemburgo, que había sido encarcelada poco antes de que apareciese la revista, defendió en un artículo la continuación de la lucha de clase durante la guerra imperialista. De ello excluía a los social-chovinistas declarados y a aquellos social-demócratas falseadores del marxismo al estilo de Kautsky que calificaban a *La Internacional* "principalmente como un instrumento de paz", aunque "no un instrumento efectivo en la guerra" (*) y que así intentaban "declarar" su capitulación ante la propia burguesía que dirigía la guerra. Rosa Luxemburgo escribía contra los falseamientos del marxismo de Kautsky y de otros:

"Es decir, que, según acepta Marx, ni la lucha de clases ni la guerra caen del cielo, sino que son consecuencias de profundas causas económicas y sociales, y, por lo tanto, no pueden desaparecer periódicamente, como si sus causas se hubiesen disipado en el aire. Pero la lucha proletaria de clases no es más que la consecuencia necesaria de las relaciones de salarios y del predominio político de clases de la burguesía. Y, durante la guerra, no sólo no desaparece la relación de salarios, sino que, por el contrario, su presión aumenta violentamente por la especulación y la fiebre de empresa que florecen en el terreno ubérrimo de la industria de guerra, así como la presión de la dictadura militar sobre los obreros. Tampoco termina durante la guerra el dominio político como clase de la burguesía; contrariamente, en virtud de la supresión de los derechos constitucionales se transforma en una franca dictadura de clase. Y, por lo tanto, si las fuen-

(*) "*Die Internationale*", abril 1915, cuaderno 1, página 5.

tes económicas y políticas de la lucha de clases se agitan en la sociedad con fuerza diez veces mayor durante la guerra, ¿cómo puede tener fin su consecuencia inmediata, la lucha de clases? Por el contrario, las guerras se producen en el período histórico actual por los intereses rivales entre los grupos capitalistas y por las necesidades de expansión del capital. Las dos causas son resortes que funcionan no solamente cuando truenan los cañones, sino también en el tiempo de paz, con lo cual, precisamente, preparan el estallido de la guerra y la hacen inevitable. Pero la guerra es... solamente "la continuación de la política por otros medios". La fase imperialista del predominio capitalista con su carrera de armamentos no sólo ha hecho ilusoria la paz, sino que, en el fondo, ha implantado la dictadura del militarismo, la guerra permanente" (*).

Franz Mehring, en su artículo "Nuestros maestros y la política legalista" esclareció la incompatibilidad de las doctrinas de Marx y Engels con la conducta del legalismo oficial en la guerra del partido social-demócrata. Con tajante agudeza, arremetía contra la divisa de la "política de legalidad", que traducía en esta fórmula: "La guerra es la guerra; en la guerra se trata de la existencia nacional; la clase obrera debe sacrificar a la existencia nacional toda política independiente, y, sin voluntad propia, renunciando a sus propios intereses, debe navegar a remolque de las clases dominantes" (*). Frente a esta divisa del legalismo del partido social-demócrata, Mehring planteaba el punto de vista de Marx y Engels sobre la cuestión de la guerra con estas palabras:

"Para su política de clase no había ninguna diferencia entre la guerra y la paz, y todavía más; en la guerra, pedían de la clase obrera una atención mucho más vigilante a sus intereses y una intervención, con menos miramientos aún, en favor de estos intereses" ().*

Mehring señala que el punto de vista decisivo, al cual Marx y Engels coordinaban siempre su actitud en una guerra determinada consistía en precisar

"... cómo esta guerra determinada puede utilizarse más a fondo para la lucha del proletariado por su emancipación" ().*

Después de un profundo planteamiento de la posición concreta de Marx y Engels ante una guerra determinada, Mehring llega a esta conclusión:

"La política legalista representa la renuncia completa a la herencia espiritual de nuestros maestros, a toda la historia y a todo lo que ha cons-

(*) "Die Internationale", abril 1915, cuaderno I, página 6.

(*) Id. id. página 60.

(*) "Die Internationale", abril 1915, cuaderno I, página 61.

(*) Id. id. página 61.

tituído hasta ahora los fundamentos de la social-democracia alemana. Su consecuencia lógica sería un partido obrero social-nacional, que se pusiera de acuerdo con el militarismo y con la monarquía y que se resignase al número de reformas que el proletariado puede alcanzar en el terreno de la sociedad capitalista. Los representantes de la política legalista que establecen estas repulsivas conclusiones, son sus cabezas más claras y, a la vez más inofensivas.

En cambio, equivaldría al envenenamiento del movimiento obrero, por un tiempo imprevisible, si la grieta abierta entre el presente y el pasado se pudiera tapar y disimular con consignas sonoras, si las masas obreras pudiesen ser lanzadas a una decepción, que habría de sorberles la sangre de las venas y el tuétano de los huesos" (*).

Estas frases de Mehring dejan ver cómo, en el proceso de desarrollo de la lucha contra la guerra imperialista y contra la política social-demócrata de armisticio y conciliación en las luchas parlamentarias, los representantes más avanzados del internacionalismo en Alemania empezaban a comprender que la total ruptura ideológica y organizativa con los traidores al marxismo era inaplazable y necesaria antes de que el movimiento obrero se convirtiese en un apéndice de la burguesía.

Clara Zetkin, que en el primer número de la revista "*Die Internationale*" aparecido en 1915, publicó un artículo que había de aclarar a los obreros alemanes y especialmente a las mujeres trabajadoras, el movimiento internacional contra la guerra imperialista, encontraba las siguientes frases expresivas sobre la lucha del proletariado ruso contra la burguesía que dirigía la guerra:

"El toque de maitines nos viene del Este, donde un proletariado incipiente, ya a principios de siglo, en 1905, tocaba a rebato por la libertad. La social-democracia rusa ha alcanzado laureles inmarcesibles con su negativa decidida y reiterada a la conceción de créditos de guerra en la "puramente patriótica" Duma, con su enfrentamiento audaz a toda la violencia del zarismo" (*).

Clara Zetkin consideraba admirable la actitud del Partido obrero social-demócrata de Rusia, es decir, el Partido de los bolcheviques, y mostraba en su artículo las dificultades que los revolucionarios rusos y los internacionalistas tenían que vencer en la lucha que entonces sostenían, y citaba el "*Bremer Burgerzeitung*" (órgano de la izquierda social-demócrata, que en aquel tiempo mantenía una posición semejante a la del Grupo Spartakus), donde un delegado ruso informaba a los obreros alemanes y les daba, de paso, una idea del trabajo revolucionario del Partido en las condiciones de la ilegalidad.

Sería erróneo querer silenciar que los textos citados aquí de Rosa Luxemburgo, Franz Mehring y Clara Zetkin no reflejaban aún

(*) "*Die Internationale*", abril 1915, cuaderno I, página 36.

(*) "*Die Internationale*", abril 1915, página 36.

en aquel tiempo la opinión general, simbolizada por los internacionalistas alemanes, y hasta esas mismas opiniones verdaderamente internacionalistas, no eran del todo claras. Sin duda, Lenin se refería a esto cuando, en su artículo sobre el folleto que Rosa Luxemburgo escribió en la cárcel y que fué publicado y difundido ilegalmente en 1916 con la firma de "Junius", decía lo siguiente:

"Es indudable que "Junius" está decididamente contra la guerra imperialista y decididamente POR la táctica revolucionaria, —escribió Lenin sobre el intento de entonces de Rosa Luxemburgo de crear una plataforma de lucha contra la guerra imperialista—. Pero, en primer lugar, "Junius" no se ha liberado aún por completo del ambiente de los social-demócratas alemanes, incluso de los de izquierda, que temen una escisión, que tienen miedo a llevar hasta el final las consignas revolucionarias... En el folleto de "Junius" se advierte a alguien que se ENCUENTRA AISLADO, que no tiene ningún camarada en una organización ilegal que esté acostumbrado a pensar consignas revolucionarias hasta el final y que eduque a las masas en su espíritu. Pero esta falta... no es una personal de "Junius", sino el resultado de la debilidad de TODAS las izquierdas alemanas, que en todas partes, están asfixiadas por la innoble red de la hipocresía kautskyana, por la pedantería y el "pacifismo" de los oportunistas" ().*

Es decir, Lenin, que, por medio de su teoría del imperialismo como una fase superior del capitalismo, desarrolló la doctrina de Marx y Engels y dió al proletariado los fundamentos teóricos para la lucha, vió, con toda claridad, las debilidades de las izquierdas alemanas. En la *"Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la URSS"*, se dice sobre este particular:

"Lenin criticaba los errores de los internacionalistas poco consecuentes dentro de las filas de los social-demócratas de izquierda, tales como Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, a la par que les ayudaba a adoptar una posición certera" ().*

Lenin realizó este trabajo con gran tenacidad, con esforzada paciencia, como puede verse en los fragmentos de sus artículos que han sido citados aquí y, muy especialmente, en su lucha perseverante contra sus errores, contra sus fallas en la manera de tratar la cuestión nacional. Lenin previno a Rosa Luxemburgo y a sus amigos contra la estrechez de miras en esta cuestión y contra una subestimación de la importancia que, —para la lucha de la clase obrera por su liberación—, tenía la lucha de las nacionalidades oprimidas por las grandes potencias imperialistas.

(*) Lenin: *Obras Escogidas*, t. V, páginas 278-279.

(*) *Historia del Partido Comunista (b) de la URSS*, página 195. Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1939.

"Sería un error, —escribe Lenin en "SOBRE EL FOLLETO DE JUNIUS—, querer... olvidar los movimientos nacionales CONTRA el imperialismo" (*).

Indicó igualmente que hay que evitar esta actitud de "indiferencia completa reaccionaria ante los movimientos nacionales", que llega a la patriotería, "cuando los súbditos de las grandes naciones europeas declaran... con un aire de suficiencia: ¡Ya no puede haber guerras nacionales!" Una vez más, Lenin subraya:

"Las guerras nacionales CONTRA las potencias imperialistas no solamente son posibles y verosímiles, sino que son inevitables, son PROGRESIVAS Y REVOLUCIONARIAS, aunque naturalmente, para su ÉXITO, es necesario, bien los esfuerzos conjuntos de una inmensa cantidad de súbditos de los países oprimidos... bien una situación internacional ESPECIALMENTE favorable... bien el levantamiento SIMULTANEO del proletariado de una de las grandes potencias contra la burguesía" (*).

Lenin manifestó entonces su esperanza de que la izquierda de social-demócratas de Alemania se libraría del temor injustificado a llevar hasta el fin las consignas revolucionarias. "El desarrollo de su misma lucha contra los social-patrioterros les conducirá a ello" (*).

Esta lucha adquirió, de hecho, formas cada vez más agudas, proporciones cada vez más amplias: es decir, en la misma medida en que los internacionalistas de acción conseguían fortalecer sus relaciones con las masas proletarias, las masas manifestaban su verdadera voluntad por medio de sus acciones en las empresas y en la calle.

De poco sirvió a la burguesía y a sus funcionarios militares y policíacos el hecho de que se entregaran a una persecución rabiosa de las cabezas principales de la corriente internacionalista y que encarcelasen, uno tras otro, a sus dirigentes. Rosa Luxemburgo estuvo en la cárcel casi durante toda la guerra; Karl Liebknecht, después de su heroica aparición en la Plaza de Postdam de Berlín el 10. de mayo de 1916, fué condenado a dos años y medio de cárcel, y, en una segunda vista del proceso, a cuatro años; Franz Mehring y Clara Zetkin fueron puestos en prisión preventiva. Wilhelm Pieck, que se hallaba entre los dirigentes y organizadores de la instrucción revolucionaria de los obreros, fué encarcelado. Pero, mientras que en Berlín, en la región del Rin, en la costa, en Sajonia, en la Alemania central y meridional, los polizontes husmeaban y detenían a los propagadores de las "Cartas de Spartakus" y a los organizadores de las manifestaciones de masas, siempre había luchadores abnegados que ocupaban en el acto las brechas temporalmente abiertas. Con una

(*) Lenin: *Obras Completas*, t. V, página 268.

(*) Lenin, *Obras Escogidas*, tomo V, página 272.

(*) Id. Id. página 278.

exaltación creciente, con un entusiasmo febril seguía el trabajo. Cuando, después de la sentencia contra Liebknecht, en Brunsvick y otros lugares, más de 55,000 obreros eligieron el arma de la huelga política de masas, se comprobó que hogueras habían encendido las consignas de Liebknecht de "¡Abajo la guerra; abajo el Gobierno!" Esta ola creciente de la lucha de masas contra la guerra imperialista, esta protesta activa contra el armisticio en la lucha parlamentaria de los social-patrioterros, fué una contestación magnífica a las palabras de Liebknecht ante el consejo de guerra:

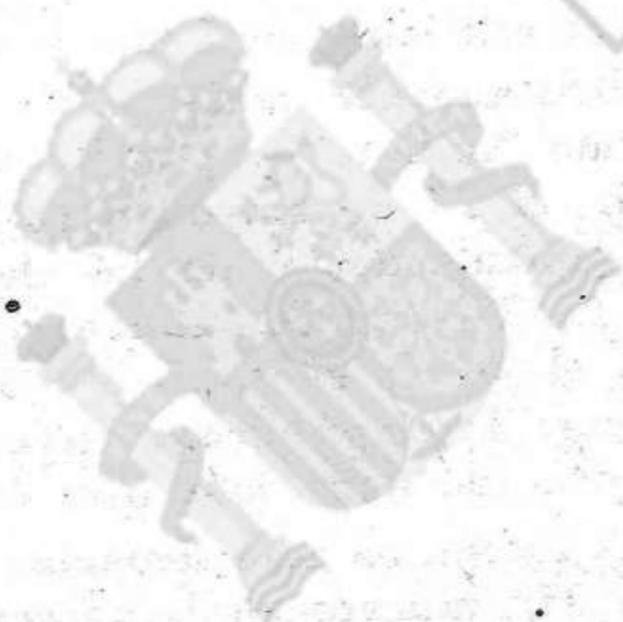
"Presidio, pérdida de los derechos de honor... ¡Bien! Vuestro honor no es el mío. Yo os digo que nunca un general ha llevado un uniforme con tanto honor como yo voy a vestir el uniforme de presidiario... ¡Yo estoy aquí para acusar y no para defenderme!... El acusador ha llamado al pueblo en contra mía... ¡Ah! No se limiten a decirlo de palabra, no se limiten a decirlo sólo en este proceso que se oculta bajo diez cerrojos al pueblo. Quítenle ustedes al pueblo la mordaza y las esposas del estado de sitio. ¡Reunan al pueblo, aquí o donde ustedes quieran, y a los soldados del frente, también donde quieran! Y dejemos aparecer ante los reunidos, ante VUESTRO tribunal, a un lado todos ustedes, toda la Sala, los acusadores y también los señores que están detrás, los señores del Estado Mayor, del Ministerio de la Guerra y de la Oficina de Prensa Militar, todos los señores que ustedes quieran. Al otro lado, yo solo, o con uno de mis amigos. YO NO DUDO dónde se situará la masa del pueblo cuando se descorra ante sus ojos el velo de la mentira; si con ustedes o conmigo!"

Liebknecht estaba en lo cierto. No podía dudar. Y Lenin tenía razón cuando consideró a "ese tal Karl Liebknecht" como la expresión de la auténtica voluntad del proletariado. El hecho de que, cuando la corriente del pueblo trabajador hubo roto, por fin, los muros de contención del estado de sitio, la burguesía, con ayuda de la social-democracia, consiguiera de nuevo llevar al mal camino a las masas que estaban ya en movimiento después de que decenas de miles de sus mejores hombres fueron asesinados o encarcelados, no dice nada en contra de Liebknecht y de sus compañeros de lucha, ni tampoco en contra de la caracterización de Lenin. Por el contrario, este hecho demuestra lo justo de las perspectivas de Lenin y Stalin en su crítica positiva a las fallas y las insuficiencias de la izquierda alemana.

Para la clase obrera internacional, tienen una especial significación los actos y la doctrina de la lucha que Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo llevaron durante la primera guerra mundial imperialista bajo la consigna de "El enemigo principal está dentro del propio país". En muchos países, desde los días sangrientos de enero de 1919, los obreros revolucionarios se reúnen para renovar su juramento en memoria de Karl y Rosa, que, con su vida, sellaron su fidelidad a la causa de la clase obrera. Y, aunque las circunstancias actuales traen

consigo enormes dificultades, precisamente estas circunstancias conducen a que los pensamientos de muchos obreros se dirijan hacia la lucha que los internacionalistas de acción sostuvieron contra la guerra imperialista. Ahora, precisamente, más que nunca, los obreros revolucionarios de todos los países se consideran los legatarios del valor heroico de los luchadores contra el imperialismo de los tiempos de la primera guerra imperialista. Todavía más que ayer los obreros que viven en las condiciones de la segunda guerra imperialista, cuando los dirigentes reaccionarios social-demócratas, traicionan los intereses del proletariado y se ponen al lado de la burguesía imperialista, elegirán ahora como su consigna las palabras de Karl Liebknecht: "¡A pesar de todos ellos!" Y este "¡A pesar de todos ellos!" tiene ya hoy un sonido grave, un sonido importante.

MINISTERIO
DE CULTURA



GASTON RICHARD

La Derrota de Francia y el Imperialismo Francés

La Tercera República francesa y el imperialismo francés tienen casi la misma edad. Desde el punto de vista histórico, están ligados estrechamente por la comunidad de destino y de desarrollo, de ascenso y de descenso.

La Tercera República nació en la situación de la guerra franco-prusiana, bajo el signo de una derrota. La batalla de Sedan terminó el 2 de septiembre de 1870 con la capitulación del ejército de Mac-Mahon y la caída de Napoleón III como prisionero de guerra. Dos días más tarde, el 4 de septiembre, la República fue proclamada en París. Los primeros pasos de la joven República fueron completamente antipatrióticos. El 27 de octubre de 1870, el ejército del general Bazaine capituló en Metz; el 28 de enero de 1871, capituló el ejército de París y fue firmado el armisticio con Prusia; a fines de mayo de 1871, fueron fusilados brutalmente millares de "communards" de París. Este fue el bautismo "militar" y político de la Tercera República. Dos años más tarde, el 24 de mayo de 1873, el mariscal Mac-Mahon, símbolo de la capitulación y de las derrotas, se puso a la cabeza de la República. La Tercera República comenzó su existencia legítima algo más tarde, el 30 de enero de 1875. En este momento se halló a punto de perecer: la República obtuvo 353 votos contra 352, es decir, una mayoría de nada más que un voto.

La Tercera República sale de la escena en una situación muy parecida a la situación en que nació. Ha muerto en la tercera guerra franco-germana, después de una derrota originada en el transcurso de mes y medio de combate. La República ha caído en los mismos "orígenes" de su nacimiento; una nueva derrota en las proximidades de Sedán se ha convertido en una catástrofe militar. El último gobierno de la República, el gobierno del mariscal Pétain, llevaba viviendo una hora, cuando pidió el armisticio a Alemania. El armisticio fue firmado el 22 de junio de 1940 en el bosque de Compiègne y entró en vigor el 25 de junio. Quince días más tarde, —el 10 de julio—, la bandera de la Tercera República, desgarrada y escarnecida, era arrojada al cubo de la basura. 569 diputados y senadores (del número total de 932), —que más de una vez juraron solemnemente fidelidad a la República y a su Constitución, que más de una vez engañaron a las masas populares de Francia con ideales republicanos—

renunciaron a la República con cobarde precipitación, la derrocaron de su pedestal y colocaron en el lugar vacío de un nuevo régimen: "L'Etat Francais".

A la cabeza del nuevo "Estado francés" se puso a un político "joven": el mariscal Pétain, que tiene 84 años. El 10 de julio, día de la "instauración del Estado francés", ha sido convertido ahora en una "gran fecha" que debe reemplazar el día del asalto de la Bastilla, la fiesta nacional del 14 de julio. Los gobernantes de Francia y sus lugartenientes quieren anunciar, por medio de esta solemnidad, que el "Estado francés" significa el comienzo de la "revolución nacional". Para caracterizar el espíritu de esta "revolución", basta mencionar las palabras del cardenal de Lyon, quien proclamó autoritariamente, ante Pétain, el 19 de noviembre de 1940: "Pétain es Francia y Francia es Pétain". Así ha comenzado la "renovación de Francia. El "Estado Francés" está llamado a salvar a la burguesía y al imperialismo francés, tanto de la responsabilidad por la derrota, como de sus consecuencias. De palabra asegura que no persigue más que un objetivo: salvar al pueblo francés del despotismo plutocrático, personificado en la Tercera República. Pero, en realidad, sucede lo que el pueblo francés llama: "Le mort seaisit le vif" (el muerto tira del vivo"). El imperialismo caduco intenta tirar de la gran Francia hacia la tumba.

*
* *
*

Lenin escribió que el comienzo del siglo XX es, para Europa, "el momento en que se produjo la sustitución definitiva del viejo capitalismo por el nuevo" (*), el capitalismo monopolista, el imperialismo. Lenin resumía así los resultados más importantes del desarrollo anterior al monopolio:

"1) 1860-1880, punto culminante de desarrollo de la libre concurrencia. Los monopolios no constituyen más que gérmenes apenas perceptibles. 2) Después de la crisis de 1873, período de vasto desarrollo de los "cartels", pero éstos constituyen todavía una excepción, no son aun sólidos, representan un fenómeno pasajero. 3) Período de prosperidad de fines del siglo XIX y crisis de 1900-1903; los "cartels" se convierten en una de las bases de toda la vida económica. El capitalismo se transforma en imperialismo" (*).

En el período de 1873-1880, mencionado por Lenin, se efectúa el paso del capitalismo francés al imperialismo, comienzan a surgir los síntomas de su supermadurez, se profundiza el proceso de su

(*) Lenin: "El Imperialismo, Fase Superior del Capitalismo", pág. 21. Ediciones Sociales, México, D. F., 1940.

(*) *Id. Id.* Pág. 23

putrefacción. En este período, ocupa su lugar histórico y comienza a ejercer su actividad el monopolio particularmente característico, el monopolio más importante del imperialismo francés: el monopolio de los bancos. Los bancos desempeñan el papel de palanca decisiva en el proceso de concentración y de centralización de los capitales, en el proceso de constitución de "carteles" monopolistas en la industria y en el comercio. Este hecho imprimió un sello particular al imperialismo francés. Los banqueros del "segundo imperio" y de la Tercera República tienen ya una base material de bastante sólidos privilegios monopolistas. Esta base se halla constituida, ante todo, por las cinco grandes compañías ferroviarias: "París-Orleans" (fundada en 1838), el ferrocarril del Oeste (1845), el ferrocarril del Norte (1847), el ferrocarril del Sur (1852) y la Compañía "P. L. M." (París-Lyon-Mediterráneo, fundada en 1857). Estas cinco compañías, a su vez, se complementan con las compañías privilegiadas metalúrgicas y mineras. Ya entonces, la segunda generación de los Schneider y de los De Wendel entra en la escena de la vida económica de Francia. Bajo Luis Bonaparte, Schneider ocupa continuamente los puestos de Ministro de Agricultura, de Presidente de la Asamblea Legislativa, de proveedor de material de guerra. En la Tercera República, el yerno de Schneider, Delaiseguie tiene una cartera de ministro en el gabinete del duque de Brogli. El hijo de Schneider, Henri Schneider, fué diputado monárquico. Su hijo, Eugene Schneider, actual representante de la firma Schneider, fué promovido al Parlamento con los votos de los llamados republicanos progresivos.

Casi la misma biografía "económica-política" caracteriza también a la otra familia gobernante de Francia en la Tercera República: los DE Wendel, quienes con ayuda del Banco católico Demache y gracias a su colaboración con la dinastía financiera Rothschild, ocuparon siempre posiciones decisivas en el país. La "felicidad sonrió" a la Tercera República desde su nacimiento: todavía en pañales, cayó en brazos de la oligarquía financiera; más tarde, creció y se desarrolló en una atmósfera de continuas especulaciones financieras, de intrigas de bolsa, de corrupción y de robo. Por fin, a principios de la década del 80 del pasado siglo, la Tercera República, bajo el gobierno de Ferry, emprendió el camino de la expansión colonial.

Lo característico del imperialismo NO es el capital industrial, SINO el capital financiero. No es un fenómeno casual que, precisamente en Francia, el desarrollo particularmente rápido del capital financiero, que coincidió con un debilitamiento del capital industrial, provocara en los años 1880-1890, una tirantez extrema de la política anexionista (colonial)". ()*

El desarrollo sucesivo y la concentración bancaria, la transformación de los bancos en monopolios todopoderosos "de casi todo el

(*) *Id. Id. Pág. 115.*

capital monetario de todos los capitalistas y pequeños patronos, así como de la mayor parte de los medios de producción y de las fuentes de materias primas de uno o de varios países", (*) la monopolización de las operaciones emisoras, la monopolización de los depósitos de las Cajas de Ahorro, la fusión del capital bancario con el capital industrial: todo esto condujo en Francia, a fines del siglo XIX, a la dominación indivisible de la oligarquía financiera.

"Los cuatro bancos más importantes gozan no del monopolio relativo, sino "del monopolio absoluto" para emisión de valores. De hecho, se trata de un "trust de los grandes bancos" y el monopolio garantiza beneficios monopolistas de las emisiones. . . El capitalismo, que inició su desarrollo con el pequeño capital usurario, llega al final de este desarrollo con un capital usurario gigantesco. "Los franceses son los usureros de Europa", dice Lysis. Todas las condiciones de la vida económica sufren una modificación profunda a consecuencia de esta transformación del capitalismo. Con el estancamiento de la población, de la industria, del comercio y del transporte, marítimo, "el país" puede enriquecerse por medio de las operaciones usurarias". ()*

El desarrollo de los bancos y de otras empresas monopolistas, la adquisición de enormes posesiones coloniales, el desarrollo relativamente lento de la industria y la creciente acumulación de capitales en moneda que no encuentran beneficios suficientemente altos dentro del país, originaron un flujo de capitales, "libres" hacia el extranjero. A esta exportación de capitales respondían también motivos y consideraciones político-militares que, ante la gestación inevitable de la guerra por el nuevo reparto de las colonias, desempeñaban un papel decisivo en el proceso recién iniciado de nacimiento de coaliciones, alianzas o pactos imperialistas.

Toda la historia de la Tercera República es una historia de desvergonzadas expoliaciones coloniales y financieras. En 1876, las posesiones coloniales de Francia ocupaban un territorio de 0,9 millones de kilómetros cuadrados con una población de seis millones de habitantes. En 1914, —vísperas de la guerra—, estas posesiones abarcaban ya 10.6 millones de kilómetros cuadrados con una población de 55,5 millones. Las inversiones de capital francés en el extranjero llegaban a 10 mil millones de francos en 1869; a 15 mil millones en 1880; a 20 mil millones de francos en 1890; a 37 mil millones en 1902 y a 60 mil millones de francos en 1914. Estas inversiones del capital francés tienen su particularidad específica.

Se trata

"principalmente de capital empleado en EMPRESTITOS de Estado y no de capital invertido en empresas industriales. A diferencia del imperialismo inglés, colonial, el imperialismo francés puede ser calificado de usurario". ()*

(*) *Id. Id. Pág. 35.*

(*) *Id. Id. Págs. 66-67.*

(*) *Id. Id. Pág. 80.*

Sobre la base de la dominación de los monopolios y particularmente del monopolio bancario, de los altos beneficios del capital exportado, de la explotación y de la expoliación de otros países y otros pueblos; sobre la base de una enorme acumulación de capitales en moneda dentro del país, sobre la base del ascenso de las emisiones del Estado, se formó en Francia "un sector rentista, esto es, de individuos que viven del "corte del cupón", completamente alejados de la participación en las empresas y cuya profesión es la ociosidad". (*) Sobre la misma base nace el "Estado rentista", el "Estado usurero" "el Estado del capitalismo parasitario y en estado de descomposición". (*). Sobre este mismo terreno del parasitismo y de la descomposición, florecen "affaires" como el del "Canal de Panamá", nace la corrupción de altos funcionarios, ministros, senadores, diputados, prefectos, dirigentes de Partido; sobre este terreno, crecen en el seno del movimiento obrero los oportunistas y los renegados en todas sus numerosas y múltiples variantes francesas.

*
* * *

Como resultado de la primera guerra imperialista mundial y del Tratado de Versalles, el imperialismo francés se apropió de nuevos territorios en Europa y extendió sus posesiones coloniales. La incorporación de Alsacia-Lorena (con 14,5 mil kilómetros cuadrados y una población de 1,7 millones de habitantes produjo un rápido crecimiento del sector de la industria pesada en la economía nacional de Francia. Esta incorporación y el restablecimiento, sobre nuevas bases técnicas, de los Departamentos del Norte, que habían sido destruidos por la guerra, convirtieron a Francia en un país industrial de primer rango. Francia recibió, además, una gran parte de Togo, casi todo el Camerún; una parte del Congo le fué devuelta; fortificó su protectorado en Marruecos y recibió Siria. Al mismo tiempo Francia obtuvo el derecho a obtener de Alemania enormes contribuciones en forma de suministro y de pagos en dinero para la restauración de las regiones devastadas y de indemnizaciones por los daños de la guerra.

¿Cómo se desarrolló posteriormente el imperialismo francés? El sistema de expoliación de los trabajadores de Francia, tanto por medio de la inflación como por medio de la estabilización del franco, alcanzó enormes proporciones. En forma fantástica, crecieron y florecieron la especulación y el saqueo del dinero del Estado a la sombra de los trabajos de "reconstrucción de las regiones devastadas". En curva ascendente creció la exportación de capital a las colonias. El capital financiero hizo esfuerzos febriles para someter a su in-

(*) *Id. Id. Pág. 126.*

(*) *Id. Id. Pág. 129.*

fluencia las grandes empresas industriales de Polonia, de Checoslovaquia, de Austria; para conquistar posiciones firmes en Rumanía, Yugoslavia, etc. El período de la inflación fué un período de apresuramiento del proceso de concentración y de centralización del capital, un período de nacimiento de nuevos "cartels" monopolistas. Las crisis económicas y las depresiones reforzaron más aún este proceso de desarrollo del monopolio financiero e industrial.

Si, en los años 1909-1913, el Banco de Francia pagó a sus accionistas dividendos por valor de 149 millones de francos, en 1914-1918, es decir en los años de la guerra, pagó en concepto de dividendos 212 millones de francos; en 1919-1926, el beneficio neto de este Banco llegó a 1.716, 6 millones de francos. Es característico que el 70,4 por ciento de dicho beneficio (1.208,7 millones) procediese de operaciones del Banco con el Estado. Las cinco compañías ferroviarias obtuvieron en 1914-1918, es decir, en los años de la guerra, 613 millones de francos de dividendos, a pesar de que durante todo este período, como es público, los ferrocarriles pertenecieron directamente al Estado Mayor del ejército.

Los superbeneficios de guerra de los capitalistas franceses llegaron en los años de 1914-1920, según cálculos oficiales extremadamente bajos, a 29,9 mil millones de francos.

En los años 1919-1926, las emisiones del Estado llegaron en cifras redondas, a la suma de 221 mil millones de francos. En el mismo período, Francia pagó por deudas de guerra 25,575 mil millones de francos; los bancos obtuvieron un 210 por ciento de dividendos; las compañías de seguros un 133; la industria textil, un 737; las minas de carbón del Norte, un 788; la industria minera, un 144; las fábricas metalúrgicas, un 129; las fábricas de gas, un 2.783, etc. La época de la inflación fué un período donde no hubo ningún límite para los beneficios y los dividendos y donde, al mismo tiempo, la miseria de los obreros y de las masas populares creció en proporciones gigantescas. En los dos años siguientes, fué estabilizado el franco. Este inició nuevamente un período de expoliación inaudita de las masas populares, de la pequeña y media burguesía; un período de pauperización en masa de una gran capa de rentistas pequeños y medios. Según algunos cálculos, en este período se robó a las masas populares la suma de 100 mil millones de francos.

A fines de 1934, las cinco compañías ferroviarias, con un capital de acciones de 824 millones de francos, controlaban obligaciones ajenas por valor de 60,124 mil millones de francos. Alrededor de 87³ reyes ferroviarios disponían de esta suma fabulosa, que constituía los ahorros de muchos millones de personas.

El senador conservador Lassage declaró el 20 de febrero de 1934, en el Senado, que el Consejo de Administración de la Compañía ferroviaria "París-Lyon-Mediterráneo" disponía de un capital de 22 mil millones de francos, mientras que ellos mismos tenían una parti-

cipación de nada más que 1.327.000 francos, esto es, el 0,002 por ciento. Dicho con otras palabras cada dos francos propios les permitían disponer de 100.000 francos ajenos.

Un cuadro análogo nos dá la comparación del dinero propio y el dinero ajeno de los grandes bancos franceses.

El capital francés ha corrido a la caza de beneficios en todas las partes del globo terrestre. En el período de 1924 a 1926, la exportación de capitales fué de 36,674 mil millones de francos. Según cálculos de Meinel, la suma total de las inversiones de capital francés en el extranjero llegaba en el año de 1926 a 80-90 mil millones de francos. Después de la estabilización del franco, comenzó un nuevo ascenso de la exportación de capitales. Desde 1927 hasta 1930, la exportación de capitales alcanzó la cifra de 10,16 mil millones de francos, entre ellos 4,516 mil millones en forma de empréstitos a los gobiernos extranjeros.

Según cálculos del mismo Meinel, los ingresos de Francia a consecuencia de las inversiones de capital en el extranjero (sin incluir los ingresos de las inversiones coloniales) llegaron en el transcurso de cuatro años (1927-1930), a un total de 21,450 millones de francos. Y, en los mismos años, recibió de las "reparaciones alemanas" 25,522 mil millones de francos, es decir, como término medio 6,4 mil millones por año.

Los hechos mencionados no ofrecen ni siquiera en su parte mínima un cuadro completo y absoluto de la exportación de capital francés en los años inmediatamente posteriores a la primera guerra imperialista mundial. Pero demuestran suficientemente el crecimiento constante de la exportación de capital, la intensificación del carácter usurario y prestamista de esta exportación, el crecimiento inaudito de las emisiones, el alza de los beneficios, el enorme aumento de los depósitos y de las obligaciones, la consolidación increíble del poder de la oligarquía financiera.

En 1938, el número de propietarios de cuentas de ahorro en toda Francia (sin contar Alsacia-Lorena) era de 21.112.000 y la suma depositada ascendía a 63,504 mil millones de francos. Sobre la base de una ley de 1837, todos los depósitos de la Caja de Ahorros debían ser entregados inmediatamente a la "Caisse de Dépôts et Consignations", que compra con estos depósitos papel del Estado.

Así, las amplias masas pequeñoburguesas y ciertas capas de la clase obrera quedaron encadenadas, no solamente al crédito del Estado, a las emisiones del Estado, sino que también fueron defraudadas en sus ahorros y expoliadas por el capital financiero.

*

* *

Francia fué arrastrada por la crisis económica mundial con cierto retraso todavía en 1930. La crisis y la depresión subsiguiente

continuaron hasta 1935. Más tarde, en 1938, después de una breve oscilación, comenzó una nueva crisis económica. Este período de crisis y depresión, que duró casi diez años, fué al mismo tiempo, un período de agudización de las relaciones franco-italianas y franco-germanas, fué un período de gestación franca, en el terreno político y diplomático, de la guerra, un período evidente y sensible para todos, de preparativos inmediatos de guerra. ¿Comprendieron esto los jefes de la República francesa, los dirigentes de su economía nacional, de sus finanzas, de su defensa, de su política exterior e interior? Indudablemente, lo comprendieron. Debían ver en qué dirección se desarrollaban las relaciones internacionales. Hicieron todos los esfuerzos posibles para desviar la guerra en gestación hacia el Este, contra la Unión Soviética. Esta fué su línea, que comienza en el intento de construir el "pacto de las cuatro potencias" y ya hasta Munich. Bajo la presión de las masas que aspiraban a una verdadera garantía de seguridad, esta línea siguió a veces la forma de un zig-zag. Por ejemplo, el gobierno francés firmó el 2 de mayo de 1935 un pacto de ayuda mútua con la Unión Soviética. Pero ya al día siguiente archivaba el pacto en la carpeta, y sólo bajo la presión de las masas, se consiguió finalmente, contra su resistencia, la ratificación del pacto.

El imperialismo francés que, después del imperialismo británico es el mayor poseedor de colonias del mundo, pensó especialmente en este período, cómo podría sacar las mayores ventajas de lo robado y de qué modo podría asegurar el botín contra los asaltos ajenos. Los gobernantes de Francia se dedicaron al "saneamiento" de los bancos y de los "cartels" en quiebra, organizaron "huídas" y "regresos" del oro, ayudaron a los grandes "cartels" monopolistas a ser todavía más poderosos, efectuaron una política de expoliación insensata de las masas populares y de explotación de la clase obrera.

El "affaire Stavisky" descubierto en relación con la bancarrota de una red complicada de seudocompañías de especulación y que acarreó pérdidas de 1,5 mil millones de francos, evidenció un monstruoso sistema de robos, de fraudes, de corrupción y de soborno en el que estaban envueltos ministros, diputados, senadores, diplomáticos, jueces y altos funcionarios policíacos. En este "affaire" aparecieron mezclados: el presidente honorario del Consejo de Estado, Charles Wourz; el "superpatriota", general Bardi de Fourneau; el viejo prefecto de policía, Judelo; una serie de políticos destacados de los partidos de la derecha; el antiguo embajador y presidente de la Academia Diplomática Internacional, Joseph de Fontenay; Georges Bonnet, Daladier, Chautemps y otros. La burguesía reaccionaria intentó aprovechar la indignación que el "affaire Stavisky" provocó entre las masas populares para un golpe de Estado.

La bancarrota de Oustric descubrió un nuevo monstruo de poderdumbre. En los negocios de Oustric estaban envueltos directa-

mente el entonces Ministro de Justicia, Peré; el ex-candidato a la Presidencia de la República, André Tardieu; el senador Lederlin, León Blum y otros muchos diputados, senadores y altos funcionarios.

Los ejemplos citados no constituyen, ni siquiera por lo bajo, un cuadro completo; pero hablan con suficiente claridad sobre la expoliación de los recursos del Estado por las empresas monopolistas y por los magnates de las finanzas, que duró hasta el comienzo de la actual guerra.

Si se establece un balance de los "affaires" bancarios, de las emisiones de las compañías ferroviarias y de los grandes monopolios industriales, de las inversiones de capital en el extranjero, de la "huída" y el "regreso" del oro, de la deuda del Estado y las emisiones del Estado, del abuso en el empleo de los depósitos en las Cajas de Ahorro, de los costosos y numerosos "saneamientos" de bancos y sus consorcios, de la expoliación directa de los recursos del Estado y de los ahorros populares, de los beneficios del gran capital, etcétera, se obtendrá el espectáculo terrible de una especulación desenfrenada con centenares de miles de millones que pertenecen a los trabajadores, al pueblo. Detrás de estos miles de millones, se oculta la fisonomía particular de la sociedad de Francia en vísperas de la guerra actual.

Es indudable que en los mismos años se operó un crecimiento, —aunque desigual—, de las diversas ramas industriales en el interior del país. Pero la "industria" principal, la que devoraba gran parte del capital y de los recursos, la que gozaba del cuidado, la preocupación y la "actividad" del Estado y de la oligarquía financiera, la que estimulaba la "iniciativa privada" fué la "industria" de las emisiones, fueron los negocios de la Bolsa, fué la especulación.

*
* * *

La guerra actual descubre con agudeza extraordinaria la podredumbre sin precedentes de todo el sistema mundial del imperialismo. Pero una derrota militar obra siempre como el bisturí quirúrgico: descubre el pus escondido años y años en el organismo enfermo. Esto sucede hoy con Francia.

La guerra y la derrota de Francia han puesto en evidencia la descomposición general de la clase gobernante y de los partidos de la burguesía francesa. La catástrofe militar ha descubierto que Francia no estaba preparada para la guerra, que sus armamentos eran insuficientes. Ha descubierto el burocratismo, la rutina y el conservatismo de su aparato militar, lo viejo y entumecido de sus principios y sus métodos estratégicos, tácticos y organizativos. Pero todo esto, en fin de cuentas, no es más que una continuación y un resultado de la política de Francia en el transcurso de todo el período

posterior a la primera guerra imperialista mundial. Para la oligarquía de cualquier país, la guerra representa siempre un enorme provecho: sus mismos preparativos son ya un negocio de grandes rendimientos. La burguesía francesa tenía también interés en extraer el mayor provecho de todos los preparativos de la guerra. La construcción de la Línea Maginot, en la que se despilfarraron miles de millones de francos, interesó a los tiburones del capital, sobre todo, desde el punto de vista de los suministros altamente beneficiosos al Estado. La construcción de motores y aviones militares fué una "oportunidad" ventajosa para una corrupción y una especulación jamás vistas en muchos años.

Los magnates de la banca y de la industria efectuaron repetidas veces una desorganización consciente de las finanzas del Estado y de toda la economía nacional, sabotearon la producción del material de guerra. Este sistema servía no solamente los objetivos de un enriquecimiento sin precedentes, sino también los objetivos reaccionarios de la lucha política.

La oligarquía financiera constituía gobiernos y los derribaba al comprobar que no defendían con suficiente pasión sus intereses egoístas. La defensa, la estrategia militar, la producción de armamentos, la diplomacia, la política exterior e interior, la suerte de Francia, la suerte del Parlamento, de la prensa: todo esto era considerado por la oligarquía financiera, ante todo, desde el punto de vista de la afirmación de sus privilegios y de sus posiciones de clase, de sus beneficios personales. Igual que la política interior, su política exterior, fué dictada por el miedo al movimiento obrero poderosamente incrementado bajo la dirección del Partido Comunista, por el miedo a la unidad de las masas populares bajo el signo del Frente Popular. La burguesía francesa aprovechó especialmente el comienzo de la guerra para dar libre curso al odio contra la clase obrera francesa y su Partido Comunista, que había acumulado durante los años del Frente Popular. Organizó una implacable cruzada terrorista contra las magníficas y valientes masas populares francesas, que más de una vez en la historia han dado pruebas de su heroísmo en la lucha por una Francia libre. Y, si en el interior, los dirigentes de la política francesa se apartaron de la clase obrera y de las amplias masas populares, en la política exterior subestimaron la importancia y la fuerza de la Unión Soviética. Las muchas incomprensiones de la política anterior a la guerra y el abandono increíble del propio armamento militar se deben, por último, a la suposición engañosa de que la rutinaria diplomacia francesa y británica conseguiría definitivamente, a la sombra de la maravillosa obra técnica de la Línea Maginot, desviar la guerra hacia el Este.

Más aún: muchos representantes del capital financiero francés y sus agentes políticos, los dirigentes de ciertos partidos políti-

cos burgueses, de ciertas agrupaciones o facciones, se orientaron conscientemente hacia la derrota de Francia. Porque en la derrota veían la única salida para la salvación de sus privilegios de casta y de clase.

*
* *
*

La derrota de Francia, ha producido al imperialismo francés profundas heridas mortales. Como resultado de su derrota, Francia ha sido borrada de la categoría de gran potencia capitalista contemporánea.

En la lucha de los grandes Estados imperialistas beligerantes por el nuevo reparto del mundo, el Estado francés ha sido privado actualmente del "derecho al voto". Francia se ha quedado sin ejército. Su marina de guerra tiene rota la espina dorsal; su flota comercial está condenada a la inactividad. Falta casi por completo una flota aérea de guerra. Francia ha sido despojada de toda clase de armas y de la posibilidad de su fabricación. El nuevo aparato de Estado, compuesto con los restos del aparato estatal en quiebra, no dispone de una amplia base de masas.

La situación de las finanzas del "Estado francés" refleja la bancarrota estatal de la oligarquía financiera. El "Estado francés" ha recibido como herencia de la Tercera República una enorme deuda estatal que, a fines de 1938, ascendía a 412,575 mil millones de francos y que, a fines de 1939 superaba indudablemente la suma de 500 mil millones de francos (estableciendo el déficit de 1939 en no menos de 100 mil millones).

El volumen de esta deuda ha crecido diariamente en el transcurso del primer semestre de 1940. Si se supone que Francia gastó mil millones diarios de francos, —en la práctica, los gastos eran mucho más elevados—, nos encontramos, para el primer semestre de 1940, con un ascenso de la deuda del Estado a 700 mil millones de francos. Sólo este peso de la "herencia" es capaz de aplastar al Estado más sano y más fuerte. A ello hay que añadir los gastos originados por las destrucciones de guerra, calculados en no menos de 100 mil millones de francos. Además, el "Estado francés", caduco y herido de muerte, debe pagar, —para conservar su derecho a la existencia—, 400 millones de francos diarios (20 millones de marcos) que se invierten en el sostenimiento del ejército de ocupación. El Banco de Francia se ha visto obligado ya a aumentar, —desde 50 mil millones hasta 73 mil millones de francos—, la suma de los anticipos provisionales al "Estado francés". Nadie sabe por cuánto tiempo se prolongarán todavía estos pagos. De acuerdo con las condiciones del armisticio, el Banco de Francia está obligado a comprar a una cotización fija (100 francos cada 5 marcos) todos los bonos de Caja o

marcos-papel en el territorio ocupado. El gobierno recibe también para sus gastos, que crecen progresivamente, adelantos del Banco Francés. Estos gastos no se hallan sometidos a ningún control. ¿De qué otras fuentes de ingreso, —además de los anticipos del Banco de Francia—, dispone el “Estado francés”? ¿Impuestos? Pero, ¿es posible contar, en la Francia de hoy, con un ingreso normal a base de los impuestos? ¿Nuevos empréstitos? Esta fué la sabiduría principal de la política financiera de la Tercera República y del régimen precedente en Francia. Pero ¿quién se suscribirá hoy a estos empréstitos? ¿La reserva de oro? Se dice que toda la reserva de oro del Banco de Francia, —1,800 toneladas—, se encuentran en Nueva York o en alguna de las colonias francesas. Y puede que sea así. Pero, en este caso, el gobierno del “Estado francés” es el que menos puede disponer de ese oro. De tal forma, queda como única fuente de ingresos del “Estado francés” la máquina impresora del Banco de Francia. El Banco de Francia imprime dinero sin ninguna garantía. “*La Gazette de Lausanne*”, en su número del 8 de noviembre de 1940, afirma que el Ministro de Finanzas del “Estado francés” no controla la impresión de papel moneda, que en la Francia “libre” no existe, efectivamente, ningún “presupuesto de Estado”, sino un incremento desenfrenado de la circulación de papel moneda. “No hay que abandonarse a ninguna ilusión, —escribe el periódico—: la máquina de imprimir trabaja, y el franco francés se desliza hacia el punto cero”. Y hacia el punto cero se desliza también el papel del Estado, que en un tiempo representó valores por miles de millones, se deslizan las obligaciones de los diversos consorcios y de las diversas compañías. En una palabra: se derrumban los cimientos del crédito estatal y privado capitalista en el “Estado francés”.

La ocupación ha dividido el territorio de Francia en dos zonas. Entre estas dos zonas no existe ninguna relación comercial y económica normal. La zona ocupada abarca un territorio de 294,000 kilómetros cuadrados, con 13,3 millones de hectáreas de tierra cultivada y una población de 27,3 millones de habitantes. Allí se encuentran las cuatro quintas partes del carbón, casi todo el mineral de hierro, todos los altos hornos, casi toda la fabricación de máquinas, casi toda la industria de automóviles y de aviones, casi toda la industria química, los centros textiles de mayor importancia, etc. Allí están los distritos principales de cultivo agrícola intensivo: trigo y remolacha de azúcar, economías ganaderas, producción de leche y de queso. Allí se encuentran todos los puertos oceánicos, allí corren los ríos de mayor tráfico fluvial, allí se halla la red más tupida de líneas ferroviarias y de canales.

La importancia de este hecho salta a la vista: el “Estado francés” está desconectado de las fuentes de materias primas industriales, está privado de la industria metalúrgica y de construcción de máqui-

nas, se ha quedado sin centros vitales económicos, ha perdido todas las posibilidades de una actividad comercial más o menos normal.

Reina incertidumbre sobre la suerte de las empresas industriales de la zona ocupada, sobre su equipo y su actividad, y hasta sobre su propiedad. Algunos magnates de la finanza y de la industria francesa han llegado ya posiblemente a un acuerdo con sus adversarios militares de ayer sobre la venta de empresas, fábricas o minas francesas a los capitalistas alemanes o sostienen negociaciones para la participación del capital alemán en las empresas francesas. De fuente inglesa se ha afirmado repetidas veces que el grupo Wendel entregó sus fábricas a industriales alemanes por 60 mil millones de francos. No cabe duda que existe esa tendencia entre algunos industriales y banqueros franceses. Más aún: la prensa francesa y una serie de políticos desarrollan abiertamente una campaña sistemática por la "fusión" de capitales franceses y alemanes. Uno de los "constructores" más furiosos del nuevo "Estado francés", Marcel Déat, escribió el 2 de septiembre de 1940 en "L'Oeuvre":

"Yo planteo la cuestión crudamente para que cada uno conteste con absoluta sinceridad: ¿qué preferirían ustedes si tuvieran que elegir: una Francia amputada, con 10 o 15 departamentos aislados, o una Francia geográficamente íntegra, en donde las empresas industriales y comerciales aseguran a los alemanes una participación de una cuarta o una tercera parte? ¿Qué quieren ustedes: una Francia libre, aunque territorialmente disminuida, o una Francia cuya economía se fusione paulatinamente con la economía alemana? Yo no sé si este dilema ha sido expresado con claridad; pero deseo que sea así. Porque, de acuerdo con lo que se responda a esta cuestión, debe ser nuestra orientación para el porvenir, debe ser realizada también la política de cada día".

Tomemos la cuestión de las colonias francesas. Francia es un imperio colonial cuyo territorio es 21 veces mayor que el territorio de la Metrópoli. Si el imperialismo francés pierde sus colonias, ¿qué es lo que le queda? Sigue sin aclarar la suerte de las colonias francesas. Indochina, que tiene una población de 23 millones de habitantes, es la colonia mayor y más rica de Francia. La contribución colonial de la Indochina a Francia en 1936 fué de 1,2 mil millones de francos. En la lucha por la Indochina participan hoy ya el Japón y los Estados Unidos. Todavía no se sabe quién conquistará Indochina; pero una cosa es evidente en absoluto: que Francia no puede seguir manteniéndola. ¿Cuál será la suerte de las otras colonias de Francia: Siria, Argelia, Marruecos, Túnez, Madagascar? La solución de este problema depende del curso sucesivo y de la terminación de la guerra. Pero la guerra se lleva a cabo principalmente por las colonias. Una cosa está ya fuera de duda: de lo que depende menos la suerte de las colonias de Francia es de la voluntad de los imperialistas franceses.

No hace falta ni siquiera hablar de las islas francesas en las aguas americanas. Si la burguesía de los Estados Unidos extendió ya

sus brazos hacia las islas británicas, es evidente que será menos escrupulosa en lo que se refiere a las islas de Francia. A esto hay que añadir que en las colonias francesas, —como ha tenido que confesar el propio ministro francés de Colonias—, reina una profunda crisis económica y que en una serie de colonias de Francia se desarrolla una lucha enconada entre los dos campos de la burguesía francesa en contradicción. Finalmente, hay que contar con que los pueblos de estas colonias pueden intervenir por sí solos en la decisión de la suerte de las colonias francesas.

Está claro que ha comenzado ya la descomposición del imperio colonial de Francia. Y esta descomposición puede ser un golpe no menos sensible para el imperialismo francés que la catástrofe militar de junio del 40.

*
* * *

Ya antes de la primera guerra imperialista mundial, y especialmente después, se recrudeció de manera infalible el proceso de la degradación de la economía campesina, el proceso de la ruina en el campo. La guerra y la derrota militar han empeorado en proporciones inconcebibles la situación en el campo. Los actuales gobernantes de Francia recurren a todos los conjuros posibles, llaman a todos y a cada uno a volver al campo, a establecerse en el campo. Algunos periódicos escriben abiertamente que el campo francés debe ser, de hoy en adelante, una colonia francesa "recién descubierta". Pero todos estos llamamientos carecen de efecto: el campo no atrae a la población urbana. La pauperización sucesiva de la población campesina y de numerosos pequeñoburgueses de la ciudad, (y este proceso tiene que crecer cada vez más), agudizará la bancarrota financiera del Estado y llevará por consecuencia a una desvalorización mayor del papel del Estado cuyos poseedores directos o indirectos son las capas mencionadas.

Se derrumban uno tras otro los pilares del poderoso edificio del imperialismo francés. Pero sería completamente falso creer que el "Estado francés", impotente frente a las otras grandes potencias imperialistas, ha dejado de ser un instrumento de clase del gran capital. De ninguna manera. Todo lo que le ha quedado al "Estado francés" del aparato de la Tercera República, del aparato militar, de la policía, de los politicastos burgueses y del Partido "Socialista" aburguesado, de todos los periodistas y todos los oradores, de todos los renegados profesionales, está hoy ocupado en primera línea con una sola función: la función policiaca. Su preocupación única y permanente es mantener subyugadas a las masas populares por medio del engaño o por medio del terror para que estas masas no deduzcan conclusiones políticas del mal acaecido sobre Francia. Están destruí-

dos los últimos vestigios de toda clase de libertad. Han sido restablecidos los derechos y los privilegios de las órdenes religiosas. Se está desencadenando una campaña antisemita y una campaña xenófoba. Han sido organizados campos de trabajo obligatorio. Se refuerzan los intentos de confinar nuevamente a las mujeres en el hogar. Se atiza entre los obreros y los trabajadores una campaña contra los "intelectuales". Públicamente se manifiesta una solidaridad afectuosa y una total comprensión mutua entre los reaccionarios tradicionales y los "socialistas". Y todo esto tiene lugar simultáneamente con una demagogia inaudita, con charlatanerías incansables de los banqueros, los curas, los prefectos de policía, los generales y sus lacayos "socialistas" sobre la "revolución nacional".

Desde el comienzo del siglo XX, la Tercera República, la oligarquía financiera de Francia, su personal político, ha reclutado preferentemente, entre los renegados del movimiento obrero, los cuadros para la lucha contra este movimiento. Millerand, Briand, Viviani, Malvy, Painlevé, Albert Thomas, Laval, Frossard, Jouhaux, Blum, Marquet, Spinass, Belin y otros muchos, todos ellos han tenido alguna relación con el movimiento obrero. El gobierno de Vichy ha heredado de la Tercera República no solamente sus señores, no sólo sus generales, sus almirantes, sus policías, sino también su personal político compuesto de renegados. E incluso lo ha aumentado considerablemente. La burguesía, que agotó hasta el final sus reservas de cuadros políticos y de dirigentes a base de los numerosos politicastos profesionales, se vé obligada ahora a "renovar" su aparato estatal con viejos generales y oficiales superiores que inseparablemente se encontraron sin ejército y sin soldados. La terrible ironía de la historia consiste en que la oligarquía financiera, tanto para encubrir sus crímenes y sus actos vergonzosos, como para prolongar su dominación, no tiene otra salida que recurrir a la sabiduría política del mismo grupo de generales cuyo "genio" organizativo y estratégico se expresa en el hecho de que, después de nueve meses de inactividad, lo único que supieron hacer fué destruir, disolver o entregar en 45 días, como prisionero de guerra, un ejército de muchos millones de soldados.

*

* *

Pero, al lado de la Francia de las "Doscientas familias", al lado de los grandes banqueros y usureros franceses, vive otra Francia: la Francia del trabajo. Esta Francia, que supo imponer en el período del Frente Popular sus reivindicaciones justas, ha sido acusada por la reacción de "haraganería" y "ociosidad". Pero en realidad este pueblo de Francia ha sido y es labioso y ahorrativo. Y no son las conquistas del Frente Popular, ni la semana de trabajo de 40 horas.

ni las vacaciones obreras lo que ha derrumbado Francia, sino el sabotaje, los manejos antipatrióticos de los capitalistas. Los ricos han llenado sus bolsillos, han acumulado fabulosos beneficios sin dar al país lo más necesario, y, a cambio de ello, la Francia trabajadora se ha empobrecido todavía más.

De los 21 millones de trabajadores de Francia, más de 11 millones son obreros y empleados y 8 millones son campesinos. De los 8 millones ocupados en la agricultura, 2,700 millones son obreros del campo, 1,300 millones son pequeños propietarios o arrendatarios que hay que incluir entre los campesinos pobres. Del resto de 4 millones de campesinos, sólo la mitad se dedica al cultivo de la tierra; el resto se halla obligado a trabajar para otros campesinos.

Durante decenas de años los trabajadores de Francia fueron educados en el espíritu del "ahorro". Y millones de trabajadores que vivían del sudor de su frente, ahorraron hasta el último céntimo, restringieron sus necesidades más elementales, llevaron una vida de hambre. Pero los frutos del trabajo de millones de hombres, sus céntimos ahorrados no han servido más que para la burguesía: las especulaciones de bolsa, las quiebras de los bancos, la inflación, la desvalorización: por todos estos medios han sido explotados los trabajadores, se les han quitado sus ahorros.

El camarada Maurice Thorez publica en su folleto de 1936 las siguientes cifras: de 1,000 muertos de la población adulta de Francia, en 355 casos el muerto no deja ninguna herencia; en 160 casos, la herencia es de 2,000 francos para toda la familia. Pero son 2,000 francos desvalorizados que constituyen solamente unos céntimos. Dicho con otras palabras: la mayoría de los franceses no deja ninguna herencia al morir. La estadística de la contribución a base de los ingresos ofrece el siguiente cuadro: 300,000 franceses tienen un ingreso anual de 23 mil millones de francos, y hay que calcular que estas cifras son muy inferiores a la realidad porque fueron dadas por los propios interesados, 14 millones de asalariados tienen un ingreso anual de 105 mil millones de francos.

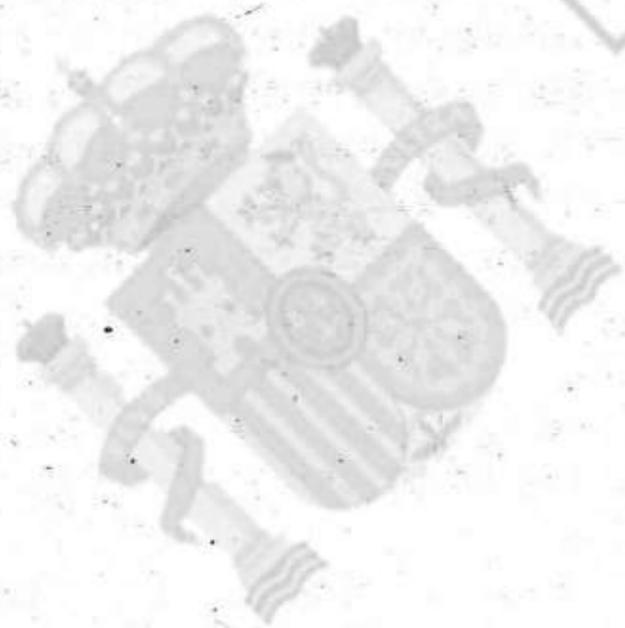
Esta Francia del trabajo, esta Francia explotada, oprimida y perseguida veía que la oligarquía financiera llevaba el país a la derrota, a la ruina. Con el Partido Comunista a la cabeza, esta Francia del trabajo ha luchado contra la política criminal de las clases gobernantes. El Frente Popular reflejaba la aspiración de las masas trabajadoras de llevar el país por otro camino. Y, precisamente por ello, el Frente Popular goza del odio más furioso de las "Doscientas familias". Para aplastar el Frente Popular, la oligarquía financiera cometió una traición tras otra, precipitó a Francia en la derrota.

Conclusión: todos los planes, todas las esperanzas de restablecer la potencia y la grandeza de la Francia imperialista sobre los viejos cimientos están condenados irremisiblemente al fracaso. La Francia imperialista marcha cuesta abajo. Es difícil decir cuanto tiempo su-

frirá todavía Francia bajo el yugo de la oligarquía financiera y sus lacayos.

Pero cada día es más evidente que no se puede pensar y que es imposible el renacimiento de Francia, su ascenso económico, social y cultural bajo la dirección de la burguesía, cualquiera que sea el curso y el resultado de la guerra. Este ascenso es únicamente posible sobre nuevos cimientos, *sólo bajo la dirección de la clase obrera*, que unifica a su alrededor a todas las fuerzas vivas y creadoras, a todas las capas de la población trabajadora. La clase obrera de Francia es la única portadora de las grandes tradiciones francesas; personifica sus grandes fuerzas revolucionarias, todo el heroísmo creador de trabajo y de lucha de un gran pueblo. Sólo la clase obrera es capaz de llevar al gran pueblo francés, a la Francia de 1793 y de la Comuna de París, a la Francia de febrero de 1934, por el camino de la salvación y de la renovación.

MINISTERIO
DE CULTURA



F. SCHILLING

La Guerra Italo-Griega

El pueblo griego, que hasta 1830 no se libró de la dominación centenaria de los turcos y, aun así, solamente en una parte de su territorio actual, y que entonces se constituyó en Estado independiente, ha sido envuelto, por sexta vez en el transcurso de un período de cerca de treinta años, en una guerra, que se anuncia llena de sufrimientos y de sacrificios. El pueblo ha deseado esta guerra tan escasamente como las dos guerras balcánicas de 1912 y 1913 y como la participación en la guerra intervencionista contra la revolución rusa, tan escasamente como la guerra de los años 1920-1921, —que fué fatal para Grecia—, contra Turquía. Con este período coincide una serie de gravísimas perturbaciones internas, como la división del país durante la guerra mundial y el bloqueo de hambre impuesto simultáneamente por la marina de los aliados; se producen numerosos "putschs" y golpes de Estado que, preparados y dirigidos por las grandes potencias imperialistas, mantenían constantemente a Grecia en un nivel de independencia formal, aunque, en realidad, con todas las limitaciones de un país dependiente.

A estas graves cargas del país hay que añadir la instalación de la enorme corriente de refugiados, que primeramente regresaron a la patria desde Bulgaria y más tarde, —después de la derrota en la guerra contra Turquía—, desde el Asia Menor y desde Macedonia y que, dentro del territorio nacional, aumentaron en una cuarta parte el número de la población.

El pueblo griego merece la atención particular que en las últimas décadas le dedican, para su desgracia, los gobiernos de las grandes potencias imperialistas, por la importancia estratégica de primer rango de sus numerosas islas y de sus zonas costeras. Esto se demuestra con una simple mirada al mapa. Quien domina Salónica y las numerosas islas del mar Egeo puede, por eso sólo y aún sin necesidad de poseer una gran flota naval, controlar el paso por los Dardanelos, lo que supone también ejercer un control efectivo sobre el mar de Mármara y el mar Negro; el que domina la isla de Creta domina al mismo tiempo las posiciones más importantes para el control de las vías marítimas hacia Egipto, Palestina, Siria y, sobre todo, hacia el Canal de Suez, las cercanas vías de comunicación con Arabia, África Oriental y, más allá, con la India. Grecia tiene también en esta guerra una gran importancia como base aérea. Las más importantes bases navales y aéreas de Italia, sus empresas industriales en la Metrópoli y sus bases en Libia, pueden ser alcanzadas desde las bases

griegas con la misma facilidad que toda las localidades importantes de Turquía y las posesiones británicas en la zona del Mediterráneo Oriental. Por último, no hay que subestimar tampoco la situación estratégica de Grecia a la espalda de Europa, en la punta meridional de la Península balcánica. Ya en la primera guerra imperialista Inglaterra y Francia dedicaron gran parte de su atención al frente balcánico. Lloyd George ha escrito en sus memorias de guerra que fué él quien, en el Consejo Supremo de guerra de los aliados, sostuvo desde el comienzo de la guerra que era necesario levantar un frente sólido en los Balcanes en vez de desangrar a las tropas de los aliados a lo largo de ofensivas estériles en Francia, con lo que se obtendría una diversión de las tropas alemanas y austriacas y un alivio para los aliados en el Oeste.

“Si los franceses y nosotros mismos hubiéramos salvado a nuestra gente del frente occidental como resultado de esta expedición en el Este, nos habríamos ahorrado las ofensivas insensatas que costaron, en los primeros cuatro años de 1915, más de 100,000 hombres. Pero, aunque abundaron los hombres para aventuras imprudentes y audaces en el frente occidental, no disponíamos sino de una sola brigada para una empresa que, como habrían de confirmar los acontecimientos de fin de año, tenía importancia decisiva para evitar que la causa de los aliados desembocase en una catástrofe”. ()*

El punto de vista de Lloyd George se impuso mucho más tarde, en 1917 y 1918, y condujo al éxito apetecido, después de haber sido arrastrada Grecia a la guerra por medio de toda clase de intrigas y de promesas, de violencias y de extorsiones. Churchill cuenta en sus memorias de guerra:

“El ejército y la flota griegas constituían un factor muy sólido, y su actividad, combinada con las operaciones de la escuadra británica del Mediterráneo, era el medio más rápido y más eficaz para la solución del problema de los Dardanelos”,

esto es, el aplastamiento de Turquía y de Bulgaria.

“De todos los “teatros suplementarios” de guerra el despreciado frente de Salónica acabó siendo el más importante. Aquí fué donde se asestó el golpe mortal, el que rompió la resistencia de las potencias centrales y las obligó, en fin, a perder toda esperanza de continuar la guerra. Los Balcanes fueron la puerta trasera de la Europa Central y, cuando esta puerta se derrumbó, arrastró con ella todo el edificio”. ()*

En 1920, Grecia, arrastrada de nuevo a una guerra, fué utilizada primeramente por Inglaterra como trampolín en la guerra reaccionario contra la nueva Turquía, que quería liberarse de la esclavi-

(*) Lloyd George: *War Memoirs*”, 1914-1915, Pág. 350-51.

(*) Lloyd George: *“Mi participación en la guerra”*, t. III. Pág. 488.

tud imperialista, y, en fin, después de los triunfos de Turquía, fué abandonada cuando Londres estimó que era más ventajoso establecer buenas relaciones con los turcos.

*
* *
*

Después de las numerosas guerras sangrientas y de las profundas conmociones interiores, el país cayó, como era de esperarse en la miseria más absoluta y en una dependencia cada vez más efectiva de Inglaterra. El 30 de abril de 1939, la deuda del Estado llegaba a 76,2 mil millones de dracmas. Según una estadística oficial de 1937, el 67,4 por ciento de los acreedores extranjeros residían en Inglaterra, el 9 por ciento en Francia y el 7 por ciento en los Estados Unidos. Está embargada para muchos años una gran parte de los ingresos del Estado por la exportación de tabaco, los monopolios estatales, las aduanas, las contribuciones, etc. Los gravámenes impuestos al pueblo, por medio de contribuciones estatales y comunales, llegan ya al 30 por ciento de los ingresos nacionales. La influencia abrumadora del capital extranjero se expresa todavía más claramente con las inversiones de capital extranjero en la industria. En 1938, esta inversión alcanzaba ya al 52 por ciento, del cual nada menos que el 57 por ciento pertenecía a Inglaterra, Francia y los Estados Unidos (1937, igual a 63 por ciento) y el 26 por ciento a Alemania y a Italia (1937, igual a 20 por ciento). Aunque en los últimos años se han hecho grandes esfuerzos para reducir, por lo menos en el comercio exterior, la dependencia del extranjero, persiste un enorme superavit en la importación, principalmente de productos alimenticios. Con una importación de 12.275 millones de dracmas y una exportación de 9.200 millones, el saldo pasivo del año 1939 fué de 3.75 millones (un dólar americano: igual a 130 dracmas). El déficit permanente del comercio exterior está condicionado por el bajo nivel de desarrollo de la agricultura griega, que no ha sabido abastecer con productos agrícolas las necesidades del país y que constituye alrededor de una quinta parte de toda la importación de Grecia. Y esto después de haber sido duplicada la superficie de la tierra cultivada y después de que la cosecha aumentó durante los últimos 15 años en tres y hasta cuatro veces.

Se fundamentan frecuentemente los motivos de la pobreza de las masas campesinas con el carácter montañoso del país; pero en realidad, se debe al sistema capitalista de labranza de la superficie cultivable. La masa de campesinos completamente pauperizados y analfabetos, (según los datos oficiales de 1928, alrededor del 41 por ciento de los habitantes mayores de 8 años eran analfabetos), vive en economías mínimas que trabajan en dependencia absoluta de los

bancos, de los grandes comerciantes del tabaco y del vino. El 37,6 por ciento de todas las economías poseen hasta una hectárea de tierra y el 72,6 por ciento de las economías hasta tres hectáreas. Hay, además, alrededor de 250.000 obreros agrícolas, de los cuales 50.000 carecían de trabajo antes de la guerra. Uno de los motivos de la pobreza campesina consistía también en que la extensión de la superficie de cultivo, muy estimulada en los últimos años, se orientaba principalmente hacia los productos agrícolas designados para la exportación, como el tabaco y el vino, mientras que el cultivo general no cubría más que el 60 por ciento de las necesidades de cereales.

Una parte de los campesinos griegos puede vivir solamente con la ayuda que reciben de los familiares emigrados. El nivel de vida de las amplias masas es extremadamente bajo. Por ejemplo, el consumo de carne de la población fué en 1939 de 18 kilogramos por cabeza, mientras que en Inglaterra fué de 63, en Alemania de 50 y en Suiza 46.

Una pequeña capa de capitalistas nacionales, —que en parte muy considerable residen fuera del país y que en gran parte tienen sus capitales fuera de Grecia—, explotan el país junto con los capitalistas extranjeros. Extraen sus beneficios principales del comercio y de la flota mercante relativamente fuerte, que, con sus 2,1 millones de toneladas, hace ocupar a Grecia el noveno lugar entre las potencias marítimas. Los ingresos de Grecia a base de la flota mercante constituían en los últimos años el 15-17 por ciento de todas sus entradas. Los barcos griegos desempeñan un gran papel, ante todo, en el tráfico bajo falsa bandera, y se pueden encontrar en todos los puertos del mundo y en todos los mares. La misma Grecia importa el 90 por ciento de sus productos por vía marítima. Es evidente que los intereses de la capa de capitalistas nacionales, cuyo capital está invertido en la flota mercante y que extrae sus beneficios del comercio de ultramar, se hallan íntimamente entretnejidos con el capital inglés, con Inglaterra, en cuyos puertos anclan sus barcos. Al mismo tiempo, la burguesía griega, favorecida por los salarios obreros extremadamente bajos, ha reforzado, particularmente en los últimos tiempos, la industrialización del país y ha aumentado sus intereses comerciales con el continente europeo, lo que favorecía las tendencias expansionistas de la economía alemana. Si, en 1932, la importación de Alemania constituyó el 9,7 por ciento de la importación total, en 1939 era ya el 29, 1 por ciento. En el mismo período, la participación alemana en la exportación aumentó del 14,5 por ciento al 27,5 mientras que la participación inglesa en la importación se mantuvo a la misma altura (12-13 por ciento) y su participación en la exportación bajó del 23,3 por ciento al 13,7, lo que no deja de ofrecer interés si se tiene en cuenta que Grecia duplicará su exportación en esos ocho años.

*
* *
*

Sobre esta base económica se desarrolló la política interior y se orientó la política exterior de Grecia en la última década. La burguesía griega resultó incapaz, —como en los períodos anteriores—, de seguir una política independiente; se limitó a aprovechar la rivalidad de las grandes potencias para hacer los mejores negocios posibles. A pesar de los grandes esfuerzos desplegados por los otros imperialismos, la influencia abrumadora sobre la política griega quedó en manos de Inglaterra. Por medio de sus agentes del servicio secreto y de sus delegados de los bancos de la City de Londres, Inglaterra dirigía, en las cuestiones vitales, no solamente el gobierno, sino también la "oposición". Durante la primera guerra imperialista, Venizelos, dirigente de la burguesía republicana, era ya un hombre de Inglaterra, a través del cual Inglaterra dirigía la lucha contra el rey Constantino, opuesto a la entrada en la guerra al lado de los aliados. En el período republicano, desde 1923 hasta 1935, Venizelos apareció unas veces como adversario decidido del Partido monárquico, otras veces como monárquico, unas veces como "demócrata", otras veces como dirigente de "putschs" militares. Durante su último "putch", en 1935, conspiró con Italia; pero también con Inglaterra, que veía gustosamente la expulsión de Grecia de la influencia francesa. Venizelos, representante típico de la burguesía griega en los años decisivos de su historia, actuó siempre con el visto bueno de las grandes potencias imperialistas y consiguió que el país no estuviese exento de guerras y de "putschs", durante más de dos o tres años. Su política exterior, falta de principios, tuvo un reflejo en la política interior. Cuando su viceministro Makkas le preguntó en 1934: "¿Qué es usted, señor ministro: conservador o liberal, capitalista o extremista, republicano monárquico, reaccionario o socialista?", Venizelos contestó: "Yo soy todas esas cosas juntas y cada una de ellas cuando lo estimo necesario. Soy, simplemente, un político!" Esta política de la burguesía griega, calculada para extraer los beneficios más elevados de la posición estratégica del país, respondía, no solamente a las necesidades del imperialismo inglés, sino también de todos los imperialistas interesados en Grecia.

Después del golpe de Estado del 4 de agosto de 1936, el papel desempeñado por Venizelos en la política griega y en los planes mediterráneos imperialistas durante las últimas cuatro décadas, pasó al general Metaxas.

El golpe de Estado del 4 de agosto de 1936, detrás del cual apareció nuevamente el gobierno inglés, fué realizado bajo el signo de "la lucha contra el comunismo". En realidad, el golpe de Estado, como el Comité Central del Partido Comunista de Grecia hizo constar justamente el 7 de agosto de 1963, se dirigía contra un amplio movi-

miento popular que reivindicaba "la solución democrática de los problemas vitales interiores y exteriores del país".

Este movimiento popular era la respuesta a la política antinacional y criminal de la burguesía griega al servicio de las potencias capitalistas extranjeras, una política que trajo sobre el país una miseria terrible y que anunciaba sufrimientos todavía mayores. Poderosas manifestaciones políticas, luchas callejeras, huelgas de masas hasta con 500,000 participantes, alianzas con capas de la burguesía liberal y de los campesinos, destacaron este movimiento popular dirigido por la clase obrera, que, con su crecimiento, hubiera podido imprimir un curso firme, independiente, al barco griego que daba tumbos violentos sobre las olas de las contradicciones imperialistas. Pero esto no interesaba de ninguna manera a los numerosos agentes cuyo trabajo consiste en mantener en estado permanente de inseguridad a Grecia y a los demás países balcánicos.

Aquí reside la causa del fenómeno particular de que el régimen de dictadura antidemocrática, instaurado en la lucha contra el "comunismo", haya sido reconocido por todas las potencias imperialistas cuyos intereses se cruzan en Grecia. Esto ocurrió cuando todos los sucesos del Mediterráneo estaban iluminados por un acontecimiento de enorme grandeza: la lucha heroica del pueblo español por su libertad. "The Times" indicó entonces en su comentario la relación que los acontecimientos del 4 de agosto de 1936 podían tener con los acontecimientos de España, que "sin duda han provocado inquietud en Grecia, donde la oposición reviste normalmente un carácter revolucionario". "The Times" no silenció tampoco que en aquel momento se trataba de aplastar en Grecia las fuerzas que habían hecho suya la causa del pueblo español, que el régimen instaurado en Grecia por el golpe de Estado se dirigía contra el único país que se había puesto al lado del pueblo español y que había desenmascarado la anunciada "no intervención" de Inglaterra: contra la Unión Soviética.

Así "The Times" exponía en forma no muy diplomática la tarea planteada ante el nuevo régimen y el "Mornig Post" del mismo día —6.8.1936—, recordaba la enorme importancia estratégica de Grecia en aquellos días (los Dardanelos), que la "convierte en una fuerza valiosa para Inglaterra".

Las fuerzas populares que amenazaban ser peligrosas para los imperialistas fueron aplastadas frente el júbilo de la prensa venal capitalista. Grecia, así, pudo ser uncida todavía más fuertemente al carro de las potencias imperialistas. Metaxas parecía contentar a todas estas potencias, particularmente en el período en que los frentes de la guerra que se avecinaba, aunque preparados apasionadamente, no se hallaban todavía delimitados. Inglaterra entregó nuevos créditos, Alemania suministró una gran parte de las instalaciones para la "Línea Metaxas". Metaxas sabía aprovechar las corrientes

rivales de las potencias imperialistas, aunque no para cortar el país de la peligrosa dependencia de las potencias imperialistas y de su política y asegurar así la futura neutralidad del país, sino sólo para encadenarlo todavía más profundamente, todavía más inquebrantablemente a la guerra de los imperialistas. Incluso después del comienzo de la segunda guerra imperialista, Metaxas logró continuar durante algún tiempo esta especie de política de "neutralidad". Pero nubes de guerra, cada vez más amenazantes se cernían sobre el pueblo griego.

*
* *
*

La ocupación de Albania por Italia (abril de 1939) creó ya una nueva situación. Italia comenzó a moverse en la dirección que habría de seguir más tarde, en noviembre de 1940, es decir, hacia Atenas y hacia Salónica. Ante Inglaterra se planteó en forma directa y amenazante el peligro de perder las islas griegas y las bases de la costa, tan decisivas para sus posiciones en el Mediterráneo Oriental. El gobierno inglés contestó a la ocupación de Albania con su famosa declaración de garantía "a favor" de Grecia. Cuando Italia, en septiembre de 1939, dirigió una nota de amistad al gobierno de Grecia, se podía creer que en este rincón del sudoeste de Europa, rodeado por tantas "declaraciones" de amistad y de garantía, estaba asegurada la paz. Pero se trataba solamente de una sombra que debía encubrir la situación real y el trabajo subterráneo de zapa.

Los grupos imperialistas no sentían, naturalmente, el menor interés en ver cómo se podía salvar a Grecia y a los Balcanes de la guerra, sino en arrastrar a Grecia y a los otros países balcánicos como aliados a la guerra. Metaxas tenía dulces miradas de amistad para todos. En enero de 1940, firmó un nuevo tratado comercial con Inglaterra, cuyo texto, según se dijo en el comunicado oficial, no fué publicado en interés del mantenimiento del secreto de guerra; pero, algunas semanas más tarde, Metaxas firmó también un tratado comercial con Alemania, que cayó igualmente bajo los secretos de la guerra. Inglaterra otorgó una rebaja considerable a las deudas griegas. Por otra parte, Grecia adaptó su sistema de aduanas a los deseos de la economía alemana; el intercambio comercial con Alemania e Italia fué casi duplicado en el primer semestre de 1940, comparativamente con el mismo período del año pasado.

Esta fué una política fatal para el pueblo griego; pero fué también una política de beneficios para la burguesía griega. Llegó lo inevitable cuando el curso sucesivo de la guerra obligó a los adversarios de Inglaterra a atacarla seriamente en sus colonias y a desconectarla, ante todo, de sus fuentes de materias primas. El imperialismo italiano empujó a Grecia a una decisión, dejó a un lado toda la retórica de paz y de amistad y subrayó la seriedad de sus intenciones

anexionistas por medio de algunos torpedos disparados contra el crucero griego "Hellas". El gobierno de Metaxas se decidió entonces a resistir la presión de Italia apoyándose en su tratado de alianza con Inglaterra que, en la práctica, obligaba a Grecia a abandonar la neutralidad. Italia respondió directamente a esto con la guerra. "Nosotros queremos la guerra, estamos orgullosos de haberla comenzado, la llevaremos hasta el fin" —escribió el "*Lavoro Fascista*" el 14 de diciembre de 1940. Pero este "nosotros" no se refería, como demuestran los acontecimientos, al pueblo italiano y a la masa de los soldados italianos, que deben pelear hoy en los montes inaccesibles de Albania por un objetivo que les es absolutamente incomprensible y ajeno.

*
* * *

Los imperialistas italianos han preparado esta guerra y han comenzado la realización consecuente de sus objetivos de rapiña, de sus objetivos imperialistas, frente a Grecia; han comenzado la guerra para mitigar su ansia de poder que tiende a la dominación absoluta sobre el Mediterráneo, sus costas, sus islas y sus vías marítimas; que tiende a la dominación sobre los países balcánicos. En la lucha contra Inglaterra y a costa de estos pequeños países, el imperialismo italiano se ha atrevido a asaltar a Grecia.

Los imperialistas ingleses que atizaron esta guerra y que la dirigen aparentemente sólo por el bienestar y la libertad del pueblo griego se mueven, en realidad, para impedir que sus competidores en el Mediterráneo aprovechen las islas y las bases de la costa de Grecia, tan importantes desde el punto de vista estratégico. Arrastraron al pueblo griego a la guerra para subordinar ese territorio a su propio servicio, para ocuparlo ellos mismos, como hicieron durante la primera guerra imperialista y como ahora han hecho ya en parte nuevamente (ocupación de la isla de Creta). No se trata para ellos, como para las otras potencias imperialistas, de Grecia, sino de las cuestiones relacionadas con la dominación del Mediterráneo Oriental y con su influencia sobre los países balcánicos. Frente a Grecia, todos los imperialistas han perseguido hasta ahora la política de que, para dirigir los destinos de Grecia, hace falta siempre un "protector".

Pero la culpa de esta guerra, que causa tantos sufrimientos y tanta miseria a los campesinos y a los obreros de Grecia, no es sólo de los imperialistas de las grandes potencias, que arrastran incesantemente nuevos países al abismo sangriento de la guerra, sino también de la burguesía griega y del gobierno griego, que se han puesto al servicio del imperialismo inglés y son por ello copartícipes de la responsabilidad por la guerra. La burguesía griega no lleva a cabo esta guerra por el bienestar de Grecia, sino por sus propias ansias de beneficio y de poder. Espera poder satisfacer todos sus deseos, como en

la primera guerra imperialista mundial, al lado y a la sombra de los imperialistas ingleses. Por esto, es imposible considerar la guerra italo-griega, como un hecho aislado de la segunda guerra imperialista mundial, que se realiza ya en tres partes del mundo.

Por otro lado, los soldados, obreros y campesinos griegos se ven, —en esta guerra que ellos no han querido—, ante una agresión militar del imperialismo italiano, encaminado a la conquista del territorio griego, al sometimiento del pueblo griego, a la dominación extranjera y, por último, al arrastre de Grecia a la guerra imperialista al lado del imperialismo italiano, y consideran amenazada gravemente la independencia nacional del país. Es absolutamente comprensible y justo que resistan al invasor imperialista y, como es sabido, no sin éxito. Pero el gobierno griego se esfuerza por aprovechar este sentimiento de las masas para su política antipopular y encubrir su propia culpabilidad en la guerra, por encubrir los objetivos de la burguesía griega bajo el manto de las consignas nacionales de liberación. Está claro que firmar una paz con la propia burguesía, someterse a su dirección en esta guerra, significaría renunciar a una política de clase propia, *independiente*, significaría paralizar la lucha contra la "propia" burguesía.

La clase obrera de Francia y el pueblo griego quieren liberar su país de la esclavitud y del protectorado de todas las potencias imperialistas, de toda la opresión, de toda la explotación de los capitalistas extranjeros y de la propia burguesía. La clase obrera de Grecia está a favor del mayor reforzamiento de la defensa del pueblo griego por medio del restablecimiento de los derechos y las libertades democráticas civiles para el pueblo trabajador, por medio del cese del terror y de la liberación de todos los presos políticos, por medio de la imposición de todo el peso de la guerra sobre los ricos. La defensa de la autonomía y de la independencia del país exige de la clase obrera griega una política de clase independiente en todos los terrenos. Esta política no se parece absolutamente en nada a la paz con la burguesía. Los sacrificios sangrientos que el pueblo griego realiza en esta guerra servirán a su propia causa solamente si en el transcurso de la guerra las masas comprenden y realizan esa política y consiguen hacer independiente el país de todas las agrupaciones imperialistas.

Sólo si los obreros y los trabajadores de Grecia se orientan sobre su propia fuerza y sobre las fuerzas de la clase obrera revolucionaria internacional, sobre las fuerzas del socialismo, podrán encontrar el camino que lleve a Grecia, a través de todas las perturbaciones y de todas las guerras sangrientas de su historia, a la paz, a la libertad, a la verdadera independencia.

EDICIONES SOCIALES

MEXICO, D. F.

Obras de:

FEDERICO ENGELS:	
Del Socialismo Utópico al Socialismo Científico	\$ 0.40
V. I. LENIN:	
El Imperialismo, Fase Superior del Capitalismo	1.00
Marx y el Marxismo	0.50
El Socialismo y la Guerra	0.30
¿Se Sostendrán los Bolcheviques en el Poder?	0.30
La Revolución de 1905	0.20
La Emancipación de la Mujer	0.40
Sobre la Cooperación	0.20
JOSE STALIN:	
El Marxismo y el Problema Nacional	0.50
Fundamentos del Leninismo	0.50
En torno a los Problemas del Leninismo	0.40
Cómo Liquidar al Trozkismo	0.30
INSTITUTO MARX-ENGELS-LENIN:	
José Stalin (Esbozo Biográfico)	1.00

TEXTOS SOBRE LA GUERRA

El Socialismo y la Guerra.—V. I. LENIN	\$ 0.30
El Pacto de No Agresión entre la Unión Soviética y Alemania.—V. MOLOTOV	0.05
Ratificación del Tratado de No Agresión Soviético-Alemán.—V. MOLOTOV.	0.10
Sobre la Política Exterior de la Unión Soviética.—V. MOLOTOV.	0.15
La Política Exterior de la Unión Soviética.—V. MOLOTOV. ...	0.10
La Guerra y la Clase Obrera de los Países Capitalistas.—J. DIMITROF.	0.10
España y la Guerra Imperialista. — JOSE DIAZ-DOLORES IBARRURI.	0.05
Quiénes se Benefician con la Guerra.—EARL BROWDER.	0.10
La URSS y Finlandia (Hechos y Documentos Históricos, Económicos y Políticos).	0.25
La Unión Soviética Frente a la Guerra Inter-Imperialista.—MIGUEL A. VELASCO.	0.10
La URSS ante el Conflicto Europeo.—ENRIQUE BELTRAN-MARGARITA NELKEN-VICTOR M. VILLASENOR ..	0.25
La Verdad Sobre la Guerra Imperialista.—ERNESTO FISCHER	0.10

Pedidos a:

FONDO DE CULTURA POPULAR, S. C.

Ediciones Sociales

Editorial Popular

Ediciones Morelos

APARTADO 2352

MEXICO, D. F.

El Estado y la Revolución.—V. I. LENIN. (Empastado, 122 páginas)	\$ 1.50
El País del Socialismo Hoy y Mañana (Informes y Discursos del XVIII Congreso del P. C. (b) de la URSS). Empastado 522 páginas	4.00
¿Qué Hacer?—V. I. LENIN. (Empastado, 208 páginas)	2.00
Problemas del Frente Único y del Frente Popular.—J. DIMITROF. (Rústica. 256 páginas)	2.50
Informe Sobre el Proyecto de la Constitución de la URSS, precedida del Informe de José Stalin. (Empastado. 88 páginas)	1.00
Sobre el Materialismo Dialéctico y el Materialismo Histórico.—JOSE STALIN. (Rústica. 48 páginas)	0.25
Tierras Liberadas. (Ucrania y Bielorrusia).—J. MIRO. (Rústica. 60 páginas).	0.90
El Sexagésimo Aniversario de Stalin.—M. KALININ. Empastado, 102 páginas).	1.25
El Camarada Stalin.—Em. YAROSLAVSKY. (empastado. 176 páginas).	1.50
José Stalin. Esbozo Biográfico. Redacción del "Instituto Marx-Engels-Lenin", de Moscú. (Empastado. Profusamente ilustrado con diversos cuadros en policromía. 104 páginas)	2.00
Lenin.—JOSE STALIN. Un volumen lujosamente empastado e ilustrado.	5.00

Pedidos a:

FONDO DE CULTURA POPULAR, S. C.

Ediciones Sociales

Editorial Popular

Ediciones Morelos

APARTADO 2352

MEXICO, D. F.

OBRAS ESCOGIDAS

POR V. I. LENIN

La doctrina de Marx, Engels, Lenin y Stalin es una arma poderosa en manos de las masas trabajadoras que luchan por el triunfo del comunismo. Por eso el "Instituto Marx-Engels-Lenin", de Moscú acaba de hacer una selección de la vasta, múltiple y genial obra de Lenin, para ser publicada en cuatro volúmenes, de los cuales el primero ha sido puesto en circulación. Estas obras, incluídas en dichos cuatro volúmenes, exponen las etapas fundamentales del desarrollo histórico del bolchevismo, exponen el marxismo-leninismo en acción.

Tomo I. Lujosamente empastado, 492 páginas, \$ 4.00

Pedidos a:

FONDO DE CULTURA POPULAR, S. C.

Ediciones Sociales

Editorial Popular

Ediciones Morelos

APARTADO 2352

MEXICO, D. F.

LA INTERNACIONAL COMUNISTA

R E V I S T A M E N S U A L

Precios de cada ejemplar:

En México, 20 centavos.

En los Estados Unidos y demás países, \$ 0.10 (dólar)

Pedidos en México a: Fondo de Cultura Popular, S. C., Apartado 2352, México, D. F.

Chile a: D. I. A. P. — Distribuidora Ibero-Americana de Publicaciones. — Moneda 702. — Casilla 13.201. Santiago, Chile.

Cuba a: Editorial Páginas, Apartado 2213, La Habana, Cuba.

Estados Unidos de América a: Workers Library Publishers, 39 East 12th Street, Nueva York, U. S. A.

Uruguay a: Librería América. Eduardo Acevedo 1450, Montevideo, Uruguay.